



LAS INSTITUCIONES Y REYES DE ARAGÓN

PRIMERA PARTE

I

Tierra fué siempre de honor y de libertad la tierra de Aragón.

Lo fué desde tiempos antiguos, y sigue siéndolo aún; que no tan fácilmente mengua una raza, ni con tanta levedad se abandonan hidalgas tradiciones de abolengo, religiosamente custodiadas por largo espacio de centurias.

Y bien hace Aragón en ser fiel á sus tradiciones. No abundan, ciertamente, los ejemplos, antes son muy escasos, de pueblos que, como el aragonés, tuvieron leyes antes que Reyes y códigos donde se asentaba que la libertad era riqueza, patrimonio y substancia del reino; instituciones libérrimas que no podían realizarse sin un sentimiento cabal del derecho y un concepto jurídico muy elevado; prácticas tradicionales é inveteradas de profundísimo respeto al monarca y al pueblo, considerado el primero como el gran oficial de la república y el segundo como entidad y esencia de la patria; Cortes con verdadera iniciativa en todos los órdenes

de la legislación y del gobierno, que comenzaban sus tareas por residenciar al monarca y á sus delegados en cuantos actos suyos se denunciaban como contrafuero, y que las terminaban con derecho á seguir deliberando por espacio de seis horas después de haber sido disueltas, pudiendo así revocar los servicios á la Corona si eran licenciadas antes de haber satisfecho su *memorial de greujes* ó quejas de agravios; soberanos que, por ser hijos de aquella misma tierra, estaban criados á los pechos y amor de los fueros, leyes, costumbres y usanzas del país; cárceles como aquella por feliz antítesis llamada *cárcel de la libertad*, garantía segura de amparo para quien fuese injustamente perseguido, y villas como Zaragoza, donde tantas veces se supo demostrar, con numantina entereza, que es preferible morir por la patria á vivir sin ella.

Ilustre historia esta de Aragón, y ojalá que se hubiesen aprovechado para prácticas modernas sus enseñanzas ejemplares; que no hay, no, necesidad de pedir á regiones extranjeras modelos y ejemplos de leyes y libertades, que mejores y más puras y más antiguas también tenemos en España. Precisamente por esto es digna de recordanza la CORONA DE ARAGÓN, así conocida y así apellidada por sus analistas y por todas las naciones del globo; no así, empero, muchas veces en su propia tierra española, donde ocurrió no pocas llamarla *coronilla*, diminutivo inficiente debido á ocios de antesala y á recreo de cronistas estipendiarios, siendo así que era uno de los estados más pujantes del mundo al unirse á Castilla, cuando ya esa Inglaterra, injustamente apellidada cuna de libertades, había venido á copiar sus códigos para aprender usanzas de libertad en ellos, cuando era señora y dueña de vastos territorios aquende y allende los mares, y cuando era soberana del mar latino que, según la arrogante pero oportuna frase del almirante Roger de Lauria, sólo podían cruzar los peces que estampadas llevasen en su lomo las Barras de Aragón.

Fué tierra de proezas, modelo de enseñanzas, ejemplario de virtudes, casal de glorias, presidio foral y Capitolio histórico, santuario de patrias libertades y cuna de egregios varones.

Sus ciudadanos se llamaban Fivaller ó Lanuza; sus capitanes, Roger de Flor ó Duque de Villahermosa; sus almirantes, Roger de Lauria ó Conrado de Llanza; sus poetas, Ausias March ó Argensola; sus historiadores, Desclot ó Zurita; sus jurisconsultos, Vidal de Cañellas ó Miguel del Molino; sus publicistas y comentadores, Cerdán ó Blancas; sus filósofos, Arnaldo de Vilanova ó Raymundo Lulio; sus santos, Vicente Ferrer ó Ramón de Peñafort; sus vírgenes, la del Pilar ó la del Montserrat; sus ciudades, Barcelona ó Zaragoza, y sus Reyes, Alfonso *el Batallador*, Jaime *el Conquistador* ó Pedro *el Grande*, es decir, nombres extendidos y conocidos por todo el universo mundo.

Magna historia la de Aragón cuando fué reino independiente y libre; magna, y capital, y soberana historia la suya cuando, unido á Cataluña, constituyó con ella, bajo el nombre de *Corona de Aragón*, aquel imperio omnipotente y tonante que pareció descender de lo alto de las sierras Pireneas para venir á instituir un reino poderoso, señor de mar y tierra, estado en que eran, como dijo un poeta del siglo XVIII,

libre el Rey, libre el pueblo, libres todos.

Aragón es un país que asombra, asombra de verdad, y en medio de sus asombros, quizá ninguno como el de sus orígenes. Todas las proezas se acumulan en él y se juntan en una sola para engrandecerlo y glorificarlo.

Asombra, sí, y maravilla el comienzo de este reino aragonés, tan mínimo y escaso en su origen como armipotente y soberano en su desenvolvimiento; pero aún más maravilla que el vuelo, resonancia y fama de sus empresas, con ser tan altas, el medro, firmeza y gloria de su libertad y de aquel su sistema político, tan ajustado al carácter de sus regnícolas, tan pertinente al régimen interior de su república y tan sabio, justo y templado, que ninguna nación llegó jamás á superar en la labor de su perfeccionamiento político. Más aseguradas se hallaban sus libertades públicas con el antiguo régimen de los aragoneses que seguras pueden estar con

ningún sistema de los que hoy se practican, incluso el de Inglaterra, cuya famosa *Carta Magna* no alcanza ciertamente á nuestro antiguo *Derecho de manifestación*, incluso el nuestro de hoy, el de nuestra moderna España, donde tanto se ha luchado y tanta sangre se ha vertido por la causa sagrada de la libertad.

Caído el imperio godo á orillas del Guadalete en 711, los árabes vencedores se extendieron por toda España, y en 713 se apoderaron de Zaragoza, que fué presa de Jalib, lugarteniente y compañero de Muza.

Los cristianos que no quisieron aceptar el yugo de los moros se retiraron á los Pirineos, cuyos más altos y agrios riscos no llegaron á ser dominados nunca por el invasor, según la opinión más autorizada, y, refugiados allí, pensaron inmediatamente en el recobro de la perdida patria.

Dispersos andaban y extraviados por las sierras, cuando se reunieron á la voz de un pobre eremita que habitaba la cueva llamada de Pano, y después, hasta nuestros días, de San Juan de la Peña.

En aquella cueva se congregaron un día 300 proscriptos, y allí se dieron leyes, allí nombraron caudillos y monarca, allí tomaron como nombre de su futuro reino el de aquel mísero riachuelo que á sus pies corría para ir á convertirse en el caudaloso Aragón, y de allí partieron para mayores destinos y más altas empresas, con que habían de maravillar al mundo.

No es extraño, pues, que al hablar de aquel puñado de íncolas aragoneses salidos de una gruta perdida en las fraguras de los bosques y en los heleros de la sierra, al narrar los hechos de aquellos valerosos que fueron reconquistando el país palmo á palmo y levantando un imperio con todos los nimbos, todas las aureolas y todos los celajes del poder y de la gloria, no es extraño ciertamente, ni mucho menos, que los cronistas, ante la magnitud del suceso, para su mayor alteza y monta, nos hablen de santos, de milagros y de prodigios.

Es natural que así fuera, primero porque de buena fe se favorece lo que se desea y siempre lo maravilloso aumenta

el crédito, y después para dar más carácter y autoridad á la empresa, que era empresa verdaderamente extraordinaria y alarde sobrehumano.

Las ideas y las corrientes del tiempo, por lo demás, autorizaban naturalmente á que obra tan superior pudiera atribuirse á poderes superiores y sobrenaturales. Y cuenta que no pretendo, con decir esto, canonizar la leyenda, pero sí que se tome en cuenta, para juzgar de épocas y de cosas que deben ser juzgadas cual eran y según eran antes de caer en desmedro.

Milagro pudo haber, y hubo... ¿Por ventura he de negarlo yo, que soy creyente?

Milagro pudo haber, y hubo, en el caballo del eremita Otón ó Voto, que al ir á despeñarse quedó de repente parado al borde del abismo, casi flotando en los aires, como para indicar, por medio de un prodigio, que allá en el fondo estaba la cueva del anacoreta Juan de Atarés, cueva destinada á ser origen, alcázar, templo y monumento de la patria aragonesa.

Milagro el de la cruz que aparece sobre la cima para ser blasón de Sobrarbe y para inflamar el espíritu de las guerreras huestes de Garci Ximénez, que se apoderan de Ainsa, haciéndola capital del futuro reino.

Milagro el de San Jorge, que se presenta en la batalla de Alcoraz, jinete en su caballo blanco, la cruz roja en el pecho y la espada flamígera en la mano, señalando con ella la puerta y las murallas de Huesca á los soldados de Pedro *el Victorioso*.

Milagro todo esto en buen hora y santos aquellos eremitas que, iluminados por la doble fe de la religión y de la patria, van llamando uno á uno á los proscritos, y les congregan, y les unen, y les animan, y les exhortan, y con ello legislan, y con ellos comienzan la empresa de la reconquista, que parecía ser obra superior á humanas fuerzas.

Sí, milagro todo y santos todos; pero milagro también el de aquella raza y santos de toda santidad aquellos hombres oscuros y desconocidos, sin antecedentes ni prosapia, sin alcurnia ni derechos de herencia, que convierten en apellido

de Reyes y de dinastías sus nombres vulgares de Íñiguez, de Sánchez, de García, de Jiménez, de Ramírez y de Fernández, sentando y afirmando su democracia en uno de los más potentes tronos de la tierra.

Milagro el de aquellos guerreros incultos, íncolas montañeses y anacoretas visionarios que son á un mismo tiempo sacerdotes y caudillos, legisladores y apóstoles; que obligan á sus Reyes á prestar juramento de vasallaje á la ley, y que instituyen aquel régimen democrático tan puro, tan sencillo y tan ejemplar, como mejor no lo tuvieron ni á encontrarlo acertaron jamás, en medio de su porfiada labor y de su lucha constante, las democráticas sociedades de Atenas, de Esparta y de Roma.

Milagro el de aquellos almogávares tan diestramente retratados por nuestro Jerónimo Borao, el de aquellos almogávares allí aparecidos por vez primera en las sierras del Pirene, asaltantes ó corredores del campo árabe, fundadores de aquella desapoderada almogavería, la más antigua milicia aragonesa y acaso la más singular del mundo, que tenía por grito de guerra el de *¡Despierta, hierro!*, que nace en Aragón, que descuella en Cataluña, que triunfa en Valencia, que domina en Rosellón, que conquista á Sicilia, que impera en Italia, que gana á Cerdeña y que invade el Oriente para convertir los palacios de los turcos en burdeles y sus mezquitas en cuadras de caballos, para hacer de Constantinopla la corte de sus placeres, de Galípoli el alcázar de sus venganzas y para dar en Tauro la batalla más tonante y más gloriosa que se ha dado en Asia después de las magnas de Alejandro *el Magno*.

Y milagro, por fin, y dicho sea en breve plática, el de aquella raza valiente y poderosa que se extiende y domina, que arranca á los moros el terreno palmo á palmo, que va á Ainsa con Garci Ximénez, á Navarra con Íñigo Arista, á Jaca con Aznar, á Pamplona con Fortuño, á Toledo con Sancho *Abarca*, á Córdoba con Sancho *el Mayor*, á Benabarre y Ribagorza con Ramiro *el Belicoso*, á Castilla y á Morella con Sancho *el del Castellar*, á Huesca con Pedro *el Victorioso*, á Tudela, Calatayud y Zaragoza con *el Batallador*

Alfonso, á Provenza con Berenguer *el Santo* y Alfonso *el Casto*, á las Navas de Castilla y á Montpellier y á Tolosa con Pedro *el Noble*, á Mallorca, á Valencia y á Murcia con *el Conquistador*, á Sicilia con *el Grande*, á Italia con *el Justo*, á Cerdeña con *el Humano*, á Oriente con Roger de Flor, á Nápoles con Alfonso *el Magnánimo*, y acaba por ir con Fernando *el Católico* á la presa de Granada y á la invención de ^l Nuevo Mundo.

II

Fué Garci Ximénez el primer Rey de los aragoneses. Alzáronle los que, congregados á nombre de Dios y de la patria por Voto el anacoreta, se reunieron en la cueva del Pano, sede y hogar de los prodigios.

La tradición asegura que en el acto de alzarle por Rey, los allí convocados convinieron en darle autoridad mientras aceptare y jurare guardar y hacer guardar las leyes que allí de común acuerdo se establecieron, instituyéndose también entonces y en el mismo acto el tribunal medio del Justicia Mayor para los casos de queja contra el abuso de autoridad en el Rey ó en sus oficiales y ministros, institución magna que debe considerarse única en la historia política de las naciones.

La tradición, y con ella la historia, se hallan conformes en un punto, en consignar que los orígenes de las libertades de Aragón están en San Juan de la Peña.

Por esto dijeron los antiguos, y confirmó el Rey D. Jaime en las Cortes de Egea, que el llamado fuero de Sobrarbe se hizo en San Juan de la Peña. Bajo los auspicios de la religión y en la cueva memorable de los Pirineos fué realmente donde se fijaron, declararon y ratificaron los pactos con que debía gobernarse el Estado futuro.

Las famosas palabras del *si non, non*, tan controvertidas y que á tantos debates dieron lugar en nuestros tiempos, pudieron ser pronunciadas al alzar por Rey á Garci Ximénez en la cueva ó, algo más tarde, al proclamar á Íñigo

Arista en el campo de batalla de Arahuest, que tanto monta para el caso; pero no hay duda que fueron repetidas y confirmadas bajo el amparo de Dios en las soledades de San Juan de la Peña.

Pudieron asimismo aquellas célebres palabras ser dichas en esta ó en otra forma, que tanto monta también; pero ¿quién duda, quién puede dudar que el *si non, non*, es la clave, y el organismo, y la esencia, y la substancia de todo el sistema político de Aragón?

Ahí están, si no, vivas y patentes las instituciones del reino; ahí están las leyes y sus observancias; ahí están los comentaristas, los letrados, los doctores, los usos, las costumbres, los preceptos, los dogmas y las Cortes; ahí está el Tribunal Supremo del Justicia para decirnos que los aragoneses sólo tenían por Rey al que guardaba sus leyes, y si no, no. Y ahí está, por fin, el texto de aquel famoso *Privilegio de la Unión*, que rasgó con su daga Pedro el Ceremonioso, quien se hirió accidentalmente con ella al romperlo, dándole ocasión para decir que «privilegio que tenía facultad de hacer Reyes, sangre de Rey debía costar».

Parece ya indudable... ¿qué digo parece?... es incontrovertible, después de antiguos y modernos estudios—y sobre todo después de conocido y aquilatado el *Examen histórico foral de la Constitución aragonesa*, de D. Manuel Lasala,—es incontrovertible, repito, el juramento que los antiguos monarcas electos prestaban antes de ceñir la corona. La duda puede estar sólo en si la fórmula se estableció por vez primera en la cueva del Pano, al alzar por Rey ó caudillo á Garci Ximénez, ó poco más tarde, en el campo de Arahuest, con Íñigo Arista, para ser luego ratificada en San Juan de la Peña, siendo esto segundo lo más probable.

Debe ya tenerse por cierta y conclusa la verdad histórico-foral del pacto y juramento de Íñigo Arista, como origen y raíz de las libertades aragonesas.

La fórmula de los aragoneses fué ésta:

Nos, que valemus tanto como vos y que juntos somos más que vos, os hacemos Rey, con tal que guardéis nuestros fueros y libertades, y si non, non.

Y, al dirigir estas palabras á Íñigo Arista, hubieron de añadir que en este caso estarían libres para elegir otro Rey según quisieran y de donde quisieran, á lo cual se cuenta que el mismo Íñigo Arista, avanzando aún más allá, se apresuró á decir: *encara que sea pagano*.

Esta fórmula se halla virtualmente confirmada por el *privilegio de la Unión* á que antes me referí, y que tuve el honor de leer en sesión pública de la Real Academia de la Historia cuando fuí elegido para contestar al discurso de entrada del insigne patricio y nobilísimo compañero D. Antonio Romero Ortiz.

En el archivo de la Academia existe el documento, que es testimonio vivo.

Dice D. Alfonso *el Liberal* ó *el Franco*, hijo de D. Pedro *el Grande*, al conceder el privilegio á los Unidos:

Porque si, lo que Dieus non quiera, Nos ó los nuestros sucesores contraviniessemos á las cosas sobreditas, en todo ó en partida, queremos é otorgamos et expresamen de certa sciencia assi la ora como agora consentimos, que daquela ora á Nos ni á los sucesores en el dito reino d' Aragon non tengades ni ayades por Reyes ni por sennyores en algun tiempo: antes sines algun blasmo de fe et de leyaltat podades facer et fagades otro Rey et sennyor, qual querredes é d'on querredes.

¿Por ventura no está aquí, bien claro y bien expreso, el tan discutido *si non, non*?

Y también—porque hay ya que decirlo todo y con toda claridad para acabar de una vez con esa guerra tan sin substancia y tan injustificada que se hace á la fórmula creyéndola apócrifa,—¿qué otra cosa era en realidad aquel juramento sino un juramento gótico? ¿Qué otra cosa eran algunos de los institutos y fueros de los antiguos aragoneses, más que institutos y fueros de los godos? ¿Y qué era, en fin, la frase del *si non, non*, más que una copia ó imitación, algo más caracterizada quizá, del *Rex eris si recte facis, et si non facis non eris*?

Y véase ahora lo que eran y decían los llamados apotegmas forales, que proceden del primer Rey Garci Ximénez, ó por lo menos de Íñigo Arista, que fué el segundo, tal y

conforme los transcribe Blancas; es decir, los preceptos constitucionales, los Mandamientos de la Ley de los aragoneses:

I.— *Rige el reino en paz y justicia, y establécenos fueros mejores.* (Es decir, que los fueros vayan siempre mejorándose y no empeorando.)

II.— *Divídanse los despojos de los moros, no sólo entre los ricos hombres, sino también entre los caballeros y guerreros; pero el extranjero nada lleve.*

III.— *No puede el Rey hacer leyes sin el consejo de sus súbditos.*

IV.— *Guárdese el Rey de emprender guerra, firmar paz, hacer treguas ó tratar asunto grave sin el consentimiento de los señores.*

V.— *Y para que nuestras leyes y libertades ningún menoscabo padexcan, haya constituído un Juez medio, al cual sea justo y lícito apelar del Rey, en el caso que éste ofendiere á cualquiera, y para impedir las injurias si alguna hiciere á la república.*

Así tenían aseguradas sus libertades los antiguos aragoneses; así, al defender la patria, defendían también la libertad; así estos dos vocablos se reducían á uno solo para ellos; así era, *patria ó libertad*, la voz de su apellido; así ponían las libertades sobre sus cabezas, que no sólo sobre sus fortunas.

Dije que fué Garci Ximénez el primer Rey de Aragón que ganó á Ainsa; el segundo fué Íñigo, á quien se llamó *Arista*, según unos por la velocidad, por la prontitud y denuedo con que cerraba en las batallas, según otros por su fortaleza y su carácter tenaz y resuelto.

Ya luego vienen los Íñiguez, los Fortuño, los Sancho Garcés y los García Sánchez, cuyas figuras se dibujan gallardas en la historia á través sólo de combates homéricos y luchas sin misericordia, apareciendo hoy en un lado y mañana en otro, vencedores á veces, vencidos otras, pero siempre en acción, siempre alerta, á caballo siempre, en constante fatiga y pelea, ganando terreno por sus puños y viendo cómo iba ensanchándose Aragón á medida que avanzando iban sus almogávares.

Cierra este primer período de la reconquista Sancho, llamado *el Mayor*, que, campeando ya con más vuelos y propenso á más alardes, lleva sus armas vencedoras á regiones distintas de las suyas, se aventura en afortunadas correrías por tierras cordobesas y, no satisfecho aún con ser Rey de Aragón, de Navarra, de Sobrarbe y Ribagorza, convierte en reino el condado de Castilla heredado por su esposa, y toma el título de Rey de Castilla, para luego apellidarse Emperador de España, pudiendo á su muerte repartir sus reinos entre sus hijos, por lo cual se quedó Ramiro con Aragón, García con Navarra, con Castilla Fernando y Gonzalo con Sobrarbe y Ribagorza.

Á Ramiro, que le sucedió, apellidáronle las historias *el Belicoso* y también *el Cristianísimo*. Tuvo corte en Ainsa y en Jaca; celebró Cortes y Concilios en esta ciudad y en San Juan de la Peña; tomó á los moros la plaza de Benabarre y les arrojó de todos los términos de Ribagorza, cuyo reino quedó unido al suyo por muerte de su hermano, y bajó al llano para hacer sus tributarios á los Reyes moros de Lérida, Huesca y Zaragoza, obligando á este último á que admitiera obispo y sede episcopal en aquella ciudad, privada de ellos por más de un siglo. Ramiro, después de haber luchado en Navarra y en Cataluña, murió en el cerco del castillo del Grao, combatiendo contra moros y castellanos unidos.

Siguióle Sancho Ramírez, á quien han llamado *el del Castellar*, monarca de renombre y fama. Mucho pudiera y debiera decirse de él, más de lo que escriben las crónicas, que fué Sancho Ramírez estrenuo capitán, caudillo ilustre, vencedor magnánimo, político experto, fundador insigne; el que primero mandó proceder á la compilación de los llamados Fueros de Sobrarbe y el que mejoró y amplió los de Jaca; el que ganó á Barbastro y á Loarre, á Monzón, Mequinenza y Muñones; el que combatió con los Reyes moros de Huesca y Zaragoza, contra él ligados y por él vencidos; el que ganó la batalla de Morella, cautivando al famoso Cid Campeador, que iba en auxilio de los moros; el que fundó el monasterio-alcázar de Monte Aragón, formidable presidio

de la cruz, para oprimir y amenazar á Huesca; el que fué vengador de su padre en los mismos campos donde había sucumbido y expugnó el castillo del Grao, que aquél no pudo, tomándolo por asalto y escalada con sus soldados, quienes hubieron de formar lo que en arte militar se llama *tortuga*, á usanza de las legiones griegas y romanas, subiéndose los unos sobre las espaldas y escudos de los otros para hacer escala de sus propios cuerpos y abrir así el camino por donde el monarca pudo entrar triunfante en la arisca fortaleza.

Y no se limitaron á esto los arranques y las jornadas del héroe.

Solicitado por los navarros, que tenían vacante su trono, fué á posesionarse de éste; aseguró aquel reino, arrojando de él á las huestes castellanas que pretendían disputárselo; vino luego á talar los campos de Zaragoza, ante cuyos muros pasó triunfante; puso pavoroso miedo en toda aquella mahometana comarca, y, siguiendo las corrientes del Ebro, derrotó cerca de Piná un numeroso ejército de infieles que intentaba embarazarle el paso, levantando en aquella ocasión la fortísima plaza del Castellar, amenaza viva contra Zaragoza, como antes había alzado la murada fuerza de Monte Aragón, cuchilla pendiente sobre Huesca.

Gallardamente magnánimo Sancho Ramírez, pasó luego con su victorioso ejército á Castilla, llamado por su primo el Rey Alfonso VI, que impetró su auxilio para el cerco de Toledo, en que estaba empeñado sin salir avante. Así Sancho Ramírez, en sus altezas de alma, acudió solícito á servir y prestar ayuda contra los infieles al monarca mismo que poco antes, olvidado de sus deberes de cristiano, se había prestado á unirse á ellos para marchar y arremeter contra él.

No tardó en regresar vencedor á sus reinos, para pasar á Cataluña en auxilio del Conde Armengol de Urgel, su deudo y su aliado, contra los moros de Lérida, Tortosa y Fraga, y fué, por fin, á poner su campo sobre Huesca, Huesca la deseada, su Jerusalén prometida, la niña de sus ojos y el objeto de sus ansias.

Pero así como suele acontecer con frecuencia que allí donde pone la esperanza su deleite acostumbra el infortunio á colocar su duelo, así la Huesca de su vida fué para Sancho la Huesca de su muerte. Tocóle morir allí, en el cerco, como murieron casi todos los Reyes de Aragón, en el campo de batalla, de cara al moro y con él en lidia.

Iba un día Sancho Ramírez atalayando su campo para reconocer las murallas de Huesca y buscar el punto por donde mejor entrarla. Imprudente de confiado, hubo de arriesgarse más de lo que á su cuidado debía, y en el acto de levantar el brazo para señalar á los suyos el paraje que le parecía más propio para la escalada, un flechero moro le disparó una saeta, con tan desdichado acierto que pudo clavársela por la escotadura de la loriga.

Sintióse el Rey herido de muerte, y sin permitir que le arrancáran la flecha, recelando que por la boca de la herida pudiera escapársele el alma, mandó en busca de su hijo Pedro y le hizo jurar solemnemente que no había de levantar el cerco ni darle á él sepultura hasta que Huesca fuera tomada, como él no se la diera á su padre hasta haberlo vengado en la empresa del Grao.

Y recibido el juramento, Sancho Ramírez, con romano alarde, arrancóse la traicionera flecha y pasó seguidamente á la vida de la inmortalidad y de la historia.

Pedro I, *el Feliz y el Victorioso*, cumplió lo prometido en manos de su moribundo padre. Vencedor en la batalla de Alcoraz, aquella de las leyendas y de San Jorge, no dió ni paz ni tregua al invasor de España, y acabó por apoderarse de Huesca, la favorecida de Abderramán el moro, flor de sus amores y nido de sus deseos, *la ciudad alta y compuesta*, que dicen las crónicas, y la *Osca* de Sertorio, el gran rebelde romano, á la que éste, en la época afortunada de sus temerarios arrestos, tuvo por un momento la gallardía de querer encumbrar y ofrecer al mundo como rival de la soberana Roma.

III

Había ya en esto aparecido el siglo XII y con él el sucesor de D. Pedro, su propio hermano, aquel Alfonso I de Aragón á quien debía darse marcial renombre de *Batallador* por sus jornadas de combate y gloria, y título de *Emperador* por haber llegado á dominar toda la España cristiana.

Apellidáronle asimismo *Alcides de Aragón* y loáronle como *César español*, calificativos que son muy merecidos, como lo serían otros aún más acertados que pudieran dársele, pues es lo cierto que si era superior tocante á cosas de guerra, en que fué gran capitán emulando hazañas de Alejandro, aventajó también á todos los monarcas que le precedieron por la franqueza de sus tendencias políticas, por su espíritu y sentido gubernamentales y por la alteza de sus miras, siendo principalmente en su reinado cuando las Cortes y el Justicia Mayor de Aragón aparecieron como las bases cardinales de la organización política del reino.

Más de una vez llegué á pensar, entre otras cosas, estudiando con algún cuidado los actos de su vida y las noticias de su época, por cierto muy deficientes, que Alfonso *el Batallador* tuvo la idea de unir en uno solo, con la forma de verdadero imperio, todos los reinos españoles, precisamente lo que hasta siglos más tarde no debía realizarse.

Es para mí indudable que iba á la unidad de España. No creo que nadie haya dicho esto, y me parece que soy el primero en consignarlo, aun no siendo quién para ello. Pero me aventuro, y acepto la responsabilidad, que bien estudiado lo tengo.

Muy confuso y enmarañado anda todo lo de aquel tiempo, y difícilmente puede formarse juicio, por escasez de aprestos históricos y falta de notas cancillerescas; pero tengo lo dicho por indudable, evidente y claro, como lo es la luz para el ciego, que la ve sintiéndola.

Hay un momento histórico en que Alfonso estuvo á punto de realizar su idea, imponiéndola no precisamente por la

fuerza de las armas, que fué siempre mala imposición, sino por necesidad de las circunstancias, y en mejores condiciones que pudo más tarde Fernando *el Católico*, quien lo hizo impuesto, siendo ello causa de que al fin de sus años se arrepintiera é intentara receder, cuando ya no era posible, ni político, ni patriótico.

Pero éstas no son cosas de este lugar por lo que puede haber de intuición en ellas, sino de examen más detenido y más fundamentales estudios.

Volviendo, pues, al *Batallador*, diré de él que fué caudillo excelso y ejemplar monarca.

Riñó cuarenta batallas, siendo vencedor en todas. Peleó en Aragón, en Valencia, en Murcia, en Cataluña, en Castilla, en León, en Granada, en Córdoba, en Francia, hasta en África, pues que hubo de cruzar la mar, según parece, improvisando una flota, en seguimiento de la hueste mora fugitiva que había arrojado de las Andalucías, y á la que sólo pudo alcanzar del otro lado del Estrecho, en las ardientes arenas africanas, donde acabó con ella.

Luchó contra moros, contra navarros, catalanes, castellanos, leoneses, gallegos, andaluces, portugueses, ingleses y franceses; combatió en los campos de Aranzuel con once Reyes, entre españoles y africanos, á quienes venció; ganó en Peñacadel uno de los más grandes triunfos de aquel tiempo, consiguiendo, como fruto de su victoria, la dominación de Valencia, que luego hubo de perderse para ser recobrada más tarde por D. Jaime, y tuvo á un mismo tiempo el mando de tres ejércitos continuos en campaña, á los cuales acudía diligente: uno siempre sobre Zaragoza, punto objetivo y culminante de sus afanes; otro en activa observación contra los moros, para contener los refuerzos que acudían incesantemente en auxilio de los cercados, y el tercero en permanente ocupación de Castilla, dominando sus plazas más fuertes y sus más primadas villas.

Y así, en actividad febril, yendo del uno al otro extremo y de uno á otro campo, atento á todo, siempre diligente y á caballo, sin tregua ni reposo, apareciendo de súbito en todas partes y luchando en todas, así fué como dos veces perdió y

recobró á Toledo; así como adelantó sus fronteras; así como llegó á poner bajo su dominio las ciudades, fuerzas y comarcas de Cuenca, Molina, Tudela, Tarazona, Calatayud, Daroca, Ariza, Cariñena, Alagón, Epila, Magallón, Mallén, Borja y cien otras; así venció al Conde de Portugal en los campos de Cuenca; así alcanzó la victoria de Valtierra; así castigó á los moros de Lérida y de Fraga; así derrotó á los magnates de Castilla y se apoderó de ella; así arrancó á Bayona de poder de los ingleses, y así, por fin, con sus almogávares del Castellar, donde les mantenía su presidio para sus rebatos contra la ciudad augusta, así acabó por rendir á Zaragoza, la Granada de Aragón, siglos antes de que se rindiera la Granada de Andalucía y de Castilla, consiguiendo con sólo la empresa de este recobro que se elevara á gran nación la que tuvo tan humildes orígenes y débiles comienzos en la cueva prodigiosa de San Juan de la Peña, ya que Zaragoza llevaba en su seno y dentro en sí contenía la excelsitud y el porvenir de aquella gran Corona, con tal bastardeza apellidada un día *coronilla*.

Y más, más todavía.

El *Batallador* puso colmo á los sucesos de su accidentada vida con uno á que ciertamente no se daría crédito, tan novelesco parece, si confirmado no estuviera por memorias antiguas, refrendadas por el analista aragonés y otros historiadores.

Poco después de conquistada Zaragoza, dando Alfonso un ejemplo y enseñando á futuras generaciones un camino, que no siguieron, pretendió, como quisieron hacer con Roma los Césares romanos, y consiguió, convertir en puerto de mar á Zaragoza. Hizo bajar maderas de los altos montes por los ríos Aragón, Gállego y Arga, mandó labrar una armada de galeras y otros navíos, que entonces llamaban *Buzos*, y, cuando ya tuvo dispuesta la flota, embarcó en ella con su ejército, para descender el Ebro y salirse al mar con objeto de talar las costas de los moros.

Y así lo hizo. Y así fué como el *Batallador* bajó por el Ebro, que convirtió en camino para ir á tomar posesión de aquel Mediterráneo y mar latino, que más tarde sus herede-

ros en el trono debían hacer teatro de glorias y espejo de virtudes.

Alfonso murió como había vivido: en el campo y batallando. La historia ha conservado las palabras que dirigió á su amigo y hermano de armas el Vizconde de Bearn, cuando entrambos se encontraron en el campo de Fraga, rodeados de numerosas tropas de moros, en lo más recio del combate y lo más duro de la pelea.

Al convencerse el *Batallador* de que estaba perdida la jornada y que sólo podía salvar su honor perdiendo su vida, díjole así al Vizconde:

—*Mi abuelo, mi padre y mi hermano murieron gloriosamente peleando con el moro. Tu abuelo y tu padre así también murieron. ¡Dichosos nosotros si imitamos su ejemplo!*

Y dicho esto, entróse por la espesura de los enemigos y murió luchando.

Después de Alfonso *el Batallador*, y por causa de aquel su singular testamento, que acaso no se encontrara tan extraño si tuviéramos la clave que nos roba la carencia de memorias íntimas de su vida y de su tiempo, vino el acto memorable de los aragoneses, quienes, deseando conservar su independencia, fueron á llamar á las puertas de un convento y de él sacaron un monje para elevarle al trono, haciéndole trocar su vida de oración y de penitencia por los negocios de Estado, por la lucha en el Parlamento, por el combate en el campo de batalla, por el bullicio de la corte y los goces de la vida conyugal.

Ramiro *el Monje* sólo tuvo una hija, Petronila, y fué entonces cuando Aragón tomó el acuerdo de su alianza con la casa condal de Barcelona y la dinastía ilustre de los Berenguer, venturosa alianza que dió origen á los esplendores de la Corona de Aragón.

Niña de tres años apenas era Petronila cuando ya se celebraron sus esponsales con el Conde de Barcelona Berenguer IV, á quien dióse el nombre de *el Santo*, como manera de decir *el Sumo* ó *el Excelso*. Uniéronse así, por medio de este matrimonio *ad futurum* y más adelante consumado, los reinos de Aragón y Cataluña, confundiéndose desde aquel

instante la historia catalana con la aragonesa y formando entambos una gran nación, que inmediatamente fué llamada á superiores destinos y á resonantes grandezas.

En seguida Ramiro *el Monje*, viudo ya de su esposa Inés de Poitiers, ó separándose de ella, anheloso sin duda de volver á la paz y quietud del claustro, renunció la corona para que entrase en el ejercicio del poder real el esposo de Petronila, aunque no como Rey, sino como Príncipe y regente durante la menor edad de su esposa, y le hizo entrega de todas sus plazas y gobernación, ordenando á todos que le prestaran homenaje.

Importante fué la regencia de Ramón Berenguer, que gobernó como Rey, aunque nunca tomó el título. Ensanchó considerablemente los términos de la Corona y terminó la obra de Alfonso el *Batallador*, apoderándose de Fraga y de Mequinenza, último baluarte de los moros en Aragón, como se apoderó luego, por aquellos mismos días, de Lérida, último baluarte de los moros en Cataluña.

Con la presa de Zaragoza por *el Batallador*, con la de Lérida por *el Santo* y luego con la de Mallorca y Valencia por Jaime *el Conquistador*, la Corona de Aragón apareció ya libre del todo á los ojos del mundo, siendo el primero de los dominios españoles que alcanzó y aseguró su reconquista.

Y aquí también—si vale decir la verdad, la verdad sin veste ni rebozo, por ser ella la única virgen que puede y debe presentarse desnuda,—aquí también se me ocurre decir algo que creo pertinente, algo de singular y providencial, que tampoco nadie dijo, que no acierto á explicarme, pero de que, por tratarse de cosas de Aragón, puede tomarse nota.

Es para mí evidente, como antes dije, que Alfonso *el Batallador* pensó seriamente en la unión de todos los dominios españoles bajo el cetro y poder de la Casa de Aragón.

Pudo ser en él un sueño, pero este sueño vino más tarde á realizarse por ventura, siquier no fuera con toda la que Alfonso había imaginado.

Petronila de Aragón enlazó con Berenguer de Barcelona,

logrando por este matrimonio unir los dos pueblos, aragoneses y catalán, en un solo cuerpo de nación y una sola entidad de reino; y así sucedió que la Casa de Aragón, que había comenzado por el recobro del reino primitivo para concluirlo con la presa de Zaragoza por Alfonso, fué siguiendo la obra de la reconquista en todos sus nuevos dominios, terminándola, por lo tocante á Cataluña, con Lérida, expugnada por Berenguer, y por lo tocante á la Corona toda, con Mallorca y con Valencia, rendidas por D. Jaime.

Más tarde esta misma Casa de Aragón, gracias á otro matrimonio, el de Fernando el aragonés con Isabel la castellana, juntó los dos grandes pueblos de Aragón y de Castilla en otro solo cuerpo de reino, y prosiguió entonces en los dominios castellanos la empresa de la reconquista, que acabó con la toma de Granada, resultando así por ende que la Casa de Aragón llegó á ser la que realizó la reconquista de España, aun cuando luego, malogrado en su pureza el pensamiento del batallador Alfonso, no fuera ella sino la de Castilla quien viniera á imperar en el reino unido, caso que ni ha sido el primero ciertamente, ni será el último tampoco, en demostrar que no siempre fué la virtud la amada de los dioses, ni siempre quien más merece es quien más alcanza.

Con otra particularidad aún.

Campo de *la Fe* se llamó al que puso Alfonso sobre Zaragoza; *Santa Fe* se apellidaba la aldehuela en que Berenguer puso su campo sobre Lérida, y nombre de *Santa Fe* tomó la población en que Fernando é Isabel pusieron el suyo sobre Granada.

Á la muerte de Berenguer, que dejó sus hijos de edad muy corta, siguió gobernando, por breve tiempo y por derecho propio, la Reina Petronila. Excelente Reina fué, y goza en la historia de justísima fama, realzada todavía más por su acto de abnegación cuando, ante las Cortes de aragoneses y catalanes congregadas en Huesca, se desprendió de la corona para ceñírsela á su hijo Alfonso, joven de doce años, y no mayor ella de veintiocho. Acto fué realmente de alta virtud y patriotismo, que sólo la historia aragonesa consig-

na, el de abandonar una mujer joven el cetro que empuñaba por derecho propio, con el bien querer del reino y en la fuerza de su mocedad y pasiones, para ponerlo en manos de quien ni por la edad ni por ambición podía codiciarlo.

Á Berenguer *el Santo* sucedió, pues, su hijo primogénito Alfonso, segundo de los Reyes de este nombre, á quien nuestra historia apellida *el Casto*, pero no así la de Provenza—país de él muy predilecto, al que llevó la tradición y la política de su padre,—donde es conocido por el Rey de Aragón Alfonso *el Trovador ó el que trovó*.

Porque esto fué, en realidad, poeta, y á esta circunstancia, es decir, á los celos y rivalidades literarias, más terribles que las políticas, debió sin duda el haber sido objeto de las implacables sátiras y crueles serventesios de Beltrán de Born, aquel otro trovador provenzal á quien Dante nos presenta en su *Infierno*, llevando de la mano su propia cabeza separada del tronco, á guisa de linterna. Terribles fueron, efectivamente, para nuestro Rey trovador las salvajes sátiras y vehementes desates de aquel poeta provenzal, su constante enemigo, y algo hubieron de influir en la opinión del tiempo; pero, después de todo, nada hay en ello que no sea natural y humano, pues que así como siempre toda dicha tuvo sus lágrimas y todo placer sus peligros, así tuvo siempre todo triunfo las turbas y los insultadores públicos, que van en pos de la carroza triunfal.

Alfonso II adquirió indiscutible gloria por sus luchas en Provenza con los magnates, por sus combates en Valencia con los moros, por sus rebatos en Castilla, por su política en Aragón y Cataluña, por las libertades y franquicias que hábilmente supo conceder á los pueblos y por haber puesto el pie y la mano en el Rosellón, que no tardó en venir á formar parte integrante de la Corona. La adquirió también por ser comienzo y cabeza de aquella nueva poderosa dinastía aragonesa que llevaba ya sangre catalana en ella, dinastía de héroes y de luz, que por acaso singular vino, en mucho tiempo y precisamente en el de sus más altos esplendores, á componerse de monarcas que así eran conquistadores, caudillos y capitanes, como poetas, letrados y filósofos,

circunstancia particularísima, que tal vez no ha fijado toda la atención que debiera y que da á esta dinastía un color, un carácter y una faz como ninguna otra tuvo.

Es realmente singular esa nidada de águilas capdales y de héroes emprendedores, que así se arriscaban á la conquista de un reino lejano y á un campo de batalla para vencer ó morir por la patria, como iban á una corte de amores para conseguir la sonrisa de una dama y á un certamen de Juegos florales para recoger un aplauso, apareciendo, entre los de éstos más principales, Alfonso *el Casto*, que fué el primero que se ejercitó en el arte de trovar, abriendo camino; Pedro *el Noble*, que fué trovador también, y uno de los más principales en su época; Jaime *el Conquistador*, que fué poeta, historiador y filósofo; Pedro *el Grande*, que por guante de desafío enviaba serventesios á sus enemigos retándoles á combate; Jaime *el Justo*, que fué escritor elegante; Pedro *el Ceremonioso*, autor de las memorias de su tiempo; Juan *el Amador de la gentileza*, que contendía con los primeros ingenios de su siglo y fundó los certámenes de Juegos florales; Martín *el Bueno*, ó *el Humano*, que fué gran orador, y Alfonso *el Sabio*, que fué gran literato.

Iba ya á comenzar el siglo XIII cuando, por fallecimiento de Alfonso *el Casto*, ocurrido en Perpiñán, subió al trono Pedro *el Noble* ó *el Católico* y también *el de Muret*, como algunos le apellidan por el campo de batalla en que ocurrió su muerte; Pedro el de las Navas de Tolosa, como pudiera también llamarse por haber auxiliado al monarca castellano en aquella jornada, que fué gran jornada de la cruz y *hosanna* glorificante de amor y de ventura para la cristiandad entera. Pedro *el Caballeroso*, aquel que cayó en el campo de la lealtad, adonde acudió hidalgamente en defensa de la causa provenzal y de su deudo el Conde de Tolosa, y que fué, según dice su epitafio de Sijena, *flor de Reyes, honra del reino, luz de la tierra y soberano liberal, de todos el más llorado y plañido*.

Y ya, con tanto golpe y tropel de Reyes, héroes y caudillos, con tan atronante estrépito y maravilla tanta de empresas, y campañas, y conquistas, y victorias, pudiera creerse

llegada al fin para el país, cumplidos sus destinos, la hora del descanso.

No así para la nación aragonesa.

Cuando ya parece que más no cabe ni á más puede llegarse, vencida la gloria de tanta fatiga y postrada la historia por el vuelco de tanto suceso como se amontonó sobre el país y el vuelo de tanta fama como salió por el espacio acuchillando los aires, todavía, sí, todavía detrás de esa constelación de soberanos, todavía se ven llegar otras y aún más deslumbrantes constelaciones de astros, marchando á la cabeza, como signo supremo, credo y sumario de la raza, la arrogante figura del conquistador D. Jaime.

Dije D. Jaime, y con decirlo nombré ya la majestad, el esplendor y la grandeza; que es D. Jaime *el Conquistador* uno de los monarcas que viven en la bienaventuranza de nuestra historia, héroe como jamás lo tuvieron mayor ni más gallardo la narración, la gesta, la epopeya y el drama; que fué este D. Jaime aquel cuyo nacimiento es una leyenda y cuya vida es una luminosa estela de gloria; aquel que, niño aún, comandaba huestes y, mozo, gobernaba reinos, siendo tan arriscado en el combate como prudente en el consejo; aquel que discutía en el Parlamento con los diputados y se sentaba á la mesa del ciudadano en el hogar de la familia; que con su espada, como Alejandro, ganaba las batallas que debía narrar luego, como César, con su pluma; que dictaba leyes, y otorgaba libertades, y fundaba escuelas; que creaba órdenes religiosas tan humanas como la de la Merced, redentora de cautivos, y cabildos municipales de tanta virtud como el Consejo de Ciento, guardador de franquezas populares; aquel por quien las damas que se abrasaban en la luz de sus amores iban á sepultarse vivas en un claustro, como Leonor de Castilla y Teresa de Vidaure; á quien los Papas daban asiento en los Concilios y los Reyes paganos elegían por árbitro en sus contiendas; aquel, por último, á quien los moros llamaban el Sultán del Fuego, los trovadores el maestro, los tribunales el justo, los pueblos el sabio, las mujeres el galán, las gentes el caballero, los clérigos el redentor, los soldados el capitán, los vencidos el misericordioso, los

enemigos el invencible, la historia el conquistador y la leyenda el santo.

Y aquí doy fin á esta primera parte del alarde que en loor de las instituciones y Reyes de Aragón hice para deporte y conhortamiento del Ateneo de Zaragoza, que me honró elevándome á una de sus presidencias y me otorgó con este honor el de subir á esta cátedra borlada que los doctores y los maestros enaltecieron con su presencia y realzaron con su palabra.

Y no cierro aquí este alarde, porque aún he de rogaros á todos vosotros, los árcades de este hogar y casa pairal de las letras aragonesas, que, si esta primera parte pudo ser de vuestro agrado, os dignéis acompañarme en otra segunda á la excursión é investigaciones que haremos á través de la época y la vida de D. Pedro *el Grande*, hijo y sucesor de D. Jaime *el Conquistador*, con lo cual no sólo completaré y adicionaré un trabajo de que ya di muestra en cierto artículo que en tiempos pasados escribí para un *Plutarco del pueblo*, sino que terminaré el estudio que presento á este noble Ateneo, para contribuir con mi pobre trabajo á los que esta digna Sociedad está realizando, con aplauso general, para mayor recuerdo y gloria de la región y nación aragonesa.

VÍCTOR BALAGUER.

(*Concluirá.*)





ISABEL LA CATÓLICA

¡Augusta sombra de Isabell perdona
si mi ruda canción osa atrevida,
llegando irreverente á tu persona,
de el féetro evocarte á nueva vida.

ZORRILLA.

I

Érase allá, en otros tiempos,
una garrida Princesa
en el semblante y el alma
como los ángeles bella;
de corazón alentado
para las grandes empresas,
fe cristiana, patrio amor
y preclara inteligencia.
Un trono le dió Castilla,
hidalga y hermosa tierra
fecunda en hijos insignes
y legendarias proezas.
Por esposa la quisieron
Reyes de extrañas potencias,
pero dama tan cumplida
eligió, siempre discreta,

su afecto amoroso uniendo
al afán de las grandezas
que el genio cree realizadas
cuando tan sólo las sueña,
por hallar dueño y amigo,
á un joven de sangre regia,
nacido en hispano suelo,
y bien nacido, y con prendas
de rectitud, gallardía,
en verdad dignas de ella;
bravo... decirlo es ocioso
cuando se sabe cuál era
su patria, cuna de héroes,
de un Cid, el glorioso emblema
del valor que el linde pasa
do el humano esfuerzo llega.
Isabel, tal es el nombre
que ilustró la dama excelsa,
con Fernando el noble Infante
unió feliz su existencia
en la histórica ciudad
que baña el manso Pisuega.
Tan grato consorcio obtuvo
la bendición de la Iglesia,
la de todo hidalgo pecho,
y sobre todas, aquella
emanada del Altísimo,
que en sus justicias eternas
extingue pueblos y tronos
ó los levanta ó los lleva
á cumplir altos designios
que el humano ser no espera.
¡Bien hayan los dignos cónyuges!
¡Bien haya la esposa tierna,
la de encantos femeniles
y varonil entereza,
y el galán de frente altiva
que cinco lustros no cuenta!

¡Bien haya el pueblo que ardiente
los aclama y victorea,
presumiéndoles el iris
tras la pasada tormenta!
Pueblo leal que sus vótores
y alabanzas no escasea,
sin presumir todo el lauro,
toda la gloria suprema
y la única en la historia
del mundo que les reserva
en bien de su amado suelo
la Divina Providencia.

II

Los que *Católicos Reyes*
por su fe la patria nombra,
de Castilla lo son ya
proclamados en Segovia.
Isabel rayo es de luz
que en denso nublado asoma
y vuelve á ofrecer risueños
los campos que la discordia
hizo palenque de luchas
y llenó de luto y sombras.
Si un ciego Rey lusitano
pretende en su audacia loca,
poniendo su gente en armas,
sin medir sus fuerzas propias,
que así el cetro de Castilla
la suerte en sus manos ponga,
de la espada de Fernando
el temple aprecia á su costa;
gime en la margen del Duero
su vergüenza y su derrota,
y fugitivo, el Pirene
á su despecho trasmonta.

El siempre alentado esposo
de aquella gentil matrona,
de Aragón el noble reino
al de Castilla incorpora,
ciñéndose la diadema
que en justa herencia le toca.
¿Qué anhelo la mente agita
de esa reina que atesora
valor, constancia y fe pura,
y la honra patria ambiciona,
y es felice si á su pueblo
de nuevas venturas colma?
Menester le es una empresa
que á su aliento corresponda,
que más que por temeraria
asombre por que se logra.
¡Infanzones de alta prez,
vestid vuestras férreas cotas!
¡Guerreros á quienes nunca
place tener lanza ociosa,
acudid á la alta empresa
á que Isabel os convoca!
Engruesad la hueste suya,
que la del árabe arrolla,
que cruza tendidos llanos
y traspasa enhiestas lomas,
en los campos lucha y vence
y las villas cerca y toma,
su triunfante marcha sigue
sin que fronteras conozca,
sin que cuente á sus contrarios
y lo imposible le imponga;
y sin tregua, con el vértigo,
la embriaguez de la victoria,
corre, vuela, se abre paso,
da pavor, reinos se arroga,
y aquí y allá, donde quiera,
las libias lunas destroza

y en las almenas moriscas
la cruz radiante enarbola.
Vedla en la Alhambra, del arte
oriental soberbia joya,
postrer asilo de Reyes
indignos de su corona;
ved el lampo de las armas
de los que lauro tal logran,
reflejándose del Darro
en las auríferas olas.
Al fin la ilustre heroína
término da venturosa
á la titánica lucha
que se inició en Covadonga.
No más en la hispana tierra,
no más la raza invasora:
desde el Pirene hasta el Calpe
ya existe una patria sola
donde sólo á un Rey se acata,
donde sólo á un Dios se adora.
La fe de la Reina augusta
el Eterno galardona.

III

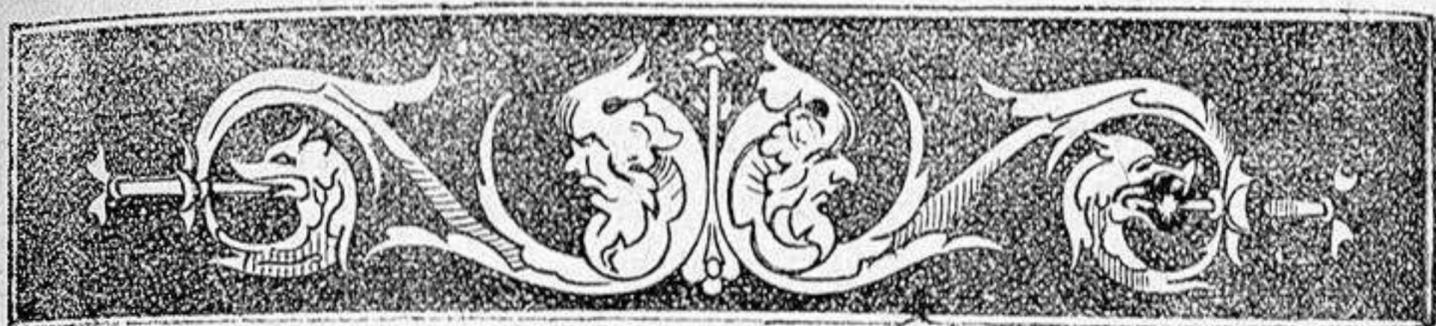
¡Cuánto lauro inmarcesible
á las sienas se circunda
de la esforzada Princesa
en tan dichosa centuria!
Portugal rinde homenaje
á su poder tras la ruda
campana; en Nápoles cede
el francés á la bravura
del gran Gonzalo, quien sólo
con su nombre un siglo ilustra.
La gloria común entonces
á todos jamás se nubla,

y enconadas banderías
la patria ya no perturban;
de la paz al grato influjo
todo prospera y fecunda;
su campo el cultor florece,
su laúd el vate pulsa,
honras recibe el guerrero,
el docto en sosiego estudia,
y las artes y las ciencias
se engrandecen y se emulan;
la justicia sobre el solio
de Isabel siempre fulgura,
y noble y pechero á él
no en vano acuden, y nunca
se vió nación más colmada
de glorias y de venturas.
Cierta día un extranjero,
en cuya frente se anuncia
del genio y la ciencia unidos
la luz que á la mente alumbra,
llega á aquel trono. Un secreto
pretende guardar que asusta.
Con él es dueño de un mundo
cuya existencia no duda.
¿El iluso, el pobre loco
será atendido en su súplica?
El genio adivina al genio.
¿Y qué mucho que á él acuda?
Su audaz pensamiento ansiosa
la insigne Princesa escucha,
é inspirada por la fe
sin vacilar da su ayuda
á la empresa de aquel sabio,
sin parecido á otra alguna;
si al Estado faltan medios,
allí están las joyas tuyas.
Ármense presto bajeles
y rompan del mar las brumas:

con el nauta, de ese mundo
hiendan las olas en busca,
y parten de hispana costa,
dejan á Palos y surcan
el Océano, y en rumbos
peligrosos se aventuran,
y aquel demente halla tierra.
¡Oh, cuán sublime locura
la que produce ese mundo,
la que su nombre así encumbra!
¡Colón é Isabel! las brisas
americanas murmuran,
y á sus soplos desplegado
el pendón hispano ondula.
¿Dónde hallar lauro más bello
y gloria en dónde más pura?
¡Oh, bendita Providencia!
En gozo á mi patria inunda
y así la fe galardona
de Princesa tan augusta.

ÁNGEL LASSO DE LA VEGA.





COMELLA (1)

MELODRAMAS

Andrómaca, melodrama trágico en un acto. Tiene música.

Comella presenta aquí las desventuras de la viuda de Héctor, cantadas ya por Homero, por Eurípides y por Racine. No quiso D. Luciano ser menos. Contiene escenas interesantes, aunque presentadas en la forma chabacana peculiar al autor.

El ejemplar manuscrito que ha venido á mis manos no tiene censura, y no puedo, por lo tanto, precisar la fecha en que la obra se estrenó.

Para muestra, vea el lector cómo se abre la escena, según la acotación del autor:

«Selva con pirámide dedicada al triunfo de Hércules á la derecha y sepulcro de Héctor á la izquierda, con cipreses. La mitad del foro figurará marina, con vista de la armada griega anclada, y la otra mitad los muros y edificios arruinados de Troya, con varias quiebras ó roturas, al pie de las cuales habrá muchas ruinas que facilitarán la subida, salida

(1) Véase la pág. 380 de este tomo.

y entrada á aquéllas: noche sin más luz que la que arroje el fuego de la pira que está delante del sepulcro. Aparece Andrómaca sentada en la gradería de éste, llena de la mayor aflicción: tan pronto derrama lágrimas de dolor sobre el sepulcro de su marido, como mira con rencor la armada de los griegos: después fija los ojos con la mayor ternura en las ruinas; en seguida desgaja ramas de ciprés, las echa en el fuego del ara, y después de mirar con dolor el sepulcro de Héctor y la armada griega, se entra despechada por las quiebras de los muros de Troya. Sale Pirro, y cesa *la música, que habrá expresado todas las pasiones de Andrómaca.*»

Hércules y Deyanira, melodrama trágico en un acto. Música de Laserna.

Esta obra es, de las de Comella, la que más me ha hecho reir. El lector juzgará. Deyanira, celosa por el amor que su esposo Hércules manifiesta á Ycle, dice:

Ya mis implacables celos
no tienen más que un arbitrio,
del cual depende el sosiego
de todos cuatro: conmigo
he de tener todavía
la túnica con que quiso
Neso, al tiempo de expirar,
satisfacer su delito:
me dijo que me la daba
por ser un preservativo
muy grande y muy eficaz
contra cualquier extravío
que tuviese mi consorte;
enviársela determino
con el pretexto especioso
del devoto sacrificio.
Este es el último medio
que mis rencores altivos
se proponen abrazar.

.....
La víbora de los celos
ya vuelve en mi pecho altivo
á derramar la ponzoña
que tantos estragos hizo
cuando á su lado amoroso,

olvidado de ti mismo,
 oscurecían tus glorias
 mujeriles ejercicios;
 mas yo sabré confundirte
 si se frustran mis designios,
 pues una mujer con celos
 no es mujer, del negro abismo
 sólo es furia destructora,
 rayo del supremo Olimpo,
 volcán que vomita llamas,
 y en fin, mar embravecido,
 pues en su seno se abrigan
 del rayo los exterminios,
 de los mares la fiereza,
 del volcán el fuego activo,
 y de las horrendas furias
 los tormentos y castigos.
 Una mujer protegida
 de estos terribles auxilios
 hará estremecer al orbe
 si se empeña en destruirlo.

Hércules, que es un marido prudente, renuncia al amor de Yole, y la casa con un novio que tiene la muchacha llamado Filotetes. Efectúase la ceremonia del casamiento en el templo de Júpiter con mucho aparato; enciéndese la hoguera destinada al sacrificio y Hércules se viste la camisa ó túnica de Neso. Ponerse la túnica y sentir una inquietud, un malestar, un ardor inaguantable, es cosa de un momento; así es que después de unos cuantos versos declarando al público el efecto que le produce la tuniquita dichosa, se echa en la hoguera diciendo:

Y pues nada aplaca el fuego
 que en mis venas arde activo,
 el incendio en que me abraso
 apagará el fuego mismo.

Como si dijésemos: *similia similibus curantur*.

Al ver esto, exclama Deyanira:

Y yo, aunque envuelta entre angustias,
 maldiciendo mi destino,
 pues he causado tu muerte,
 quiero expiar mi delito.

Y ¡cataplún! se arroja también en la hoguera. Yo no puedo creer que Comella escribiese estos desatinos de buena fe.

La censura es de 1796.

El negro sensible, melodrama en un acto. Tiene música.

Te voy á relatar, lector amigo, en cuatro palabras su argumento. D.^a Martina, europea rica, entra con su niño Juanito á visitar un ingenio de América, y con el fin de educarlo y darle libertad, compra un niño negro; el padre de éste averigua lo de la compra, y desconociendo los móviles de D.^a Martina, decide vengarse de ella por odio á los blancos, proponiéndose asesinar á Juanito, á quien cree hallar dormido junto á su madre; ésta levanta un pañuelo que ocultaba el rostro del niño, y se ve que éste era el hijo de negro sensible.

Efecto seguro en el espectador. D.^a Martina compra toda la familia, como si dijéramos, un juego completo, concediendo, por supuesto, á todos la libertad; el público aplaude y cae el telón.

El melodrama es realmente malo; pero no cabe duda que autor de *El negro sensible* sabía tocar la cuerda sensible del auditorio para quien escribía.

La censura es de 1798.

Sofonisba, melodrama trágico en dos actos.

Sofonisba era hija de *Asdrúbal* y, habiendo leído esta última obra, podemos aplicar á Sofonisba el conocido latínajo de *talis patris, talis filis*.

Paso por alto hacer la descripción del argumento, porque no lo merece; pero no quiero privar al lector del conocimiento de algunas acotaciones referentes á la música.

«Período largo de música que manifieste primero la sorpresa de Galusa y después los deseos que tiene de saber lo que hace Masinisa.»

«Se asusta Galusa, y la orquesta manifiesta su terror en tres compases de música.»

«Música de suspensión que indique la cautela con que Masinisa está examinando la entrada del palacio.»

«Aparece Sofonisba sentada, manifestando el mayor abati-

miento. Después de una pausa de suspensión que habrá manifestado la música, dice con la mayor languidez, etc.»

«Un compás de música que imite un suspiro.»

«Breve período de música que manifieste el deseo que Masinisa tiene de librar á Sofonisba.»

No conozco la música, pero, por buena que sea, creo yo que Comella, para realizar lo que él concebía en su mente, hubiera necesitado un Wagner, y me quedo corto.

La censura de la obra es de 4 de Febrero de 1795.

COMEDIAS

El aburrido, comedia en tres actos. Música de Laserna.

No puedo, no debo decir que esta comedia es mala, sin que por ello vaya á creer el lector que la obra es un dechado de buen gusto; pero si la tercera parte de las producciones de Comella fuese del mérito de la que ahora nos ha caído en suerte, bien pudiéramos, sin rodela ni guardabrazo y con la visera levantada, entrar en las justas de su rehabilitación. Desgraciadamente pesan más en la balanza los desaciertos del autor, y al encontrar algo bueno, regular siquiera, entre el inmenso fárrago de sus comediones, me asalta el temor de hallarme ofuscado. El hallazgo es tan inesperado, tan desarmónico respecto de los anteriores datos que la crítica y las pruebas del proceso aducen, que me veo en la imprescindible necesidad de decir: Comella se ha equivocado.

El aburrido es una comedia pensada con juicio y escrita con arte. Veamos su argumento.

Gertrudis, muchacha rica, de carácter alegre, amiga de fiestas y saraos, pero honesta y de buen corazón, se ha casado con Luis, pobre pero honrado, como dice la frase vulgar, hombre sensato, prudente y amante de su mujer. En año y medio de matrimonio gastó éste no menos que un millón, pues Gertrudis, según dice Comella,

Si en el Prado se paseaba,
era del Prado el hechizo;
si iba á los toros, la grada

cubierta dejaba absorta
 con los jubones de maja;
 en la comedia, de toda
 la luneta arrebatava
 la atención, y los anteojos
 todos en ella fijaban.
 ¡Cómo bailaba el bolero
 y tocaba la guitarra!

El marido en un principio dejó correr á rienda suelta las aficiones de su mujer; pero cuando se acabó el dinero recogió velas, hizo valer su autoridad indiscutible, suprimió todo gasto superfluo, y convenció á Gertrudis de que debían entrar por el camino del orden, de la economía y de las buenas costumbres. Todo iba á las mil maravillas, cuando hete aquí que viene á ver á Gertrudis, con motivo ó pretexto de su santo, una amiguita viuda, llamada Martina, chismosa, embustera, gorrana, egoísta, mujer, en fin, que no tiene el diablo excusa para desecharla: esta tal azuza las dormidas pasiones de Gertrudis, incítala á que dé bailes, comidas y refrescos como antaño lo verificaba; píntale el ridículo en que ha caído por hacer vida retirada y devota, y le dice, contestando á una observación de la abrumada esposa:

Sí, pero ve tú á tapar
 las bocas de los que hablan.
 ¡Si tú vieras la otra noche
 en casa de doña Blasa
 lo que decían de ti!
 Pero yo saqué la cara
 terriblemente. Unos dicen:
 ¡Qué lástima de muchacha,
 á lo mejor de su edad
 ha ido á meterse á beata!
 ¡Ayer la vieron del brazo
 de su marido agarrada
 como si fuera un cortejo!
 Con su necia extravagancia
 mucho ha perdido Madrid.

Al pobre esposo le pone Martina como chupa de dómine, y le ataca, con acero florentino, en lo que ella llama su tiranía y en su pobreza.

Esto no es meter cizaña,
pero mira que los hombres
suelen hacer á dos caras.
Si tú gastas en funciones,
de lo tuyo sólo gastas.

Gertrudis cae en la tentación, y para celebrar sus días convida gente, prepara una espléndida comida, organiza un baile, de sobremesa juega, y pierde; gástase en todo diez onzas que para la fiesta le dió su marido; necesitando más dinero, empeña las alhajas que posee, resto de las que había tenido, y puesta ya en la pendiente del mal camino, agobiada por las deudas y por el afán de figurar, cede mentalmente ante la idea de aceptar un cortejo rico propuesto por Martina; pero es honrada, ama á Luis, y al tocar la realidad, es decir, al hallarse frente á frente del pretendido seductor, rebélase contra ella misma su dignidad de mujer casada y le desprecia. En esto llega de América el padre de la atribulada esposa, y enterado por Martina de la situación económica de aquella casa, da naturalmente asenso á la chismografía de la viuda, creyendo que su yerno es un derrochador y su hija una mártir: acrimina á Luis, y Luis no se defiende por no desvirtuar á los ojos de su suegro el buen concepto que tiene de su hija: confiésase ésta culpable, y su padre no le da crédito, tomando su confesión como sacrificio impuesto por el amor que tiene á Luis.

Al final de la comedia descúbrese la verdad de lo sucedido, arrójase de la casa á la viuda, al pretendido cortejo y á un mayordomo estafador; el matrimonio hace las paces y cae el telón.

Aquí hay una comedia de costumbres, mal desarrollada, aunque mucho mejor de lo que es corriente en D. Luciano. El Don Luis es un tipo natural, descrito con verosimilitud y arte dramático; Gertrudis es un carácter realista, pero sin desplantes ni exageraciones para producir efecto. Luchan en su corazón dos afectos, dos pasiones encontradas, el amor á su marido y el amor al lujo, y el autor ha sabido, cosa rara en él, sostener el carácter del tipo sin decaer y sin falsearlo. Gertrudis resulta ser el principal papel de la obra, y

el único tipo de estudio de cuanto he leído de Comella. No me gusta el título de la comedia; parece el de un sainete: yo la hubiera denominado *La tentación*.

Tan bien me ha parecido el argumento que, á trueque de pasar por calumniador de Comella, sospecho yo si esta flor no habrá salido de su jardín.

Los amigos del día, comedia en un acto y en verso, es una obrita muy agradable; y me atrevo á decirlo porque tengo en mi abono el elogio que de ella hace nuestro D. Santos, persona cuyo juicio no debe ser sospechoso para el lector.

D. Pascual, hombre de edad madura y de genio fácil de dominar, se deja imbuir por tres amigotes que, apartándole de la tranquilidad del hogar, hacen que se aficiona á toros, trucos y merendonas, que asista á una academia de bolero, que se compre un traje de manolo, en una palabra, que se convierta en lo que hoy llamaríamos *un flamenco*, dato que nos induce á conjeturar la antigüedad que en las costumbres madrileñas cuenta este linaje de inclinaciones.

Censura D. Pascual su antiguo y modigerado género de vida en un romance, que no deja de tener cierto sabor *moratiniano*:

...Basta ya
de sermones. Tú quisieras
que aún viviese separado
de las gentes; que tuviera
aquella vida uniforme,
solitaria y macilenta
que hasta aquí he tenido, siendo
el menosprecio y la befa
de todos. De Pascua á Pascua
iba á ver una comedia;
de mes á mes al Canal,
llevando por compañeras
la maza de mi mujer
y la posma de mi suegra:
sólo los martes tenía
tertulia, y era compuesta
de viejos y viejas, donde
guardaban tal etiqueta
que se sentaban los viejos
una legua de las viejas.

Unicamente el domingo iba á paseo, y apenas se acostaban las gallinas estaba en casa de vuelta, donde hallaba prevenida en el estrado la mesa de juego, y hasta las diez tenía la gran paciencia de estar jugando con los enemigos que más tientan á los casados, que son: cuñada, mujer y suegra. Más solos que un poderoso en desgracia, las eternas noches pasaba de invierno encerrado en la huronera de mi casa, sin que nadie atravesase las puertas. Lo mismo era un día que otro en mi vida anacoreta: oficina, chocolate, refresco, comida, cena, tomar las cuentas al mozo y contentar la parienta.

Pero resulta que uno de los amigos le corteja la esposa, otro la criada y el tercero le desvalija la despensa, por lo que se ve obligado á plantarlos de patitas en la calle entonando el yo pecador.

La obra, modificando alguna que otra frase malsonante, podría representarse hoy ante un público de buen gusto sin que saliera descontento.

D. Santos la elogia, como he dicho, en la siguiente censura:

«De orden del Sr. Corregidor he examinado la adjunta comedia en un acto intitulada *Los amigos del día*, y he hallado que su materia es verdaderamente cómica y muy propia para el retrato de la corrupción de los tiempos: su forma es sencilla, natural, de afectos suaves y entretejida de aquel *ridículo* que consiste más en las ideas que en las palabras, y el que caracteriza y distingue la comedia de otro cualquier drama. La pintura de las costumbres estragadas es tan pro-

pia, que al paso que recrea la verdadera imitación, nos representa á esas mismas costumbres aborrecibles, ridículas y despertando un vivo deseo de huirlas y afirmarse en una buena moral. No hago memoria de haber leído composición de este poeta que más se acerque á la regularidad de la poesía cómica, por lo que soy de parecer que merece la licencia para representarse.—Madrid y Diciembre de 1794.»

Los amores del conde de Cominges, primera parte, comedia en cinco actos y en verso, traducida del italiano.

La censura es de Diciembre de 1796.

No he visto la segunda parte.

El ayo de su hijo, comedia en dos actos.

D.^a Pepita se enamora en Veracruz de un hombre de baja esfera, si bien de excelentes prendas morales, y, contrariada por los padres, se casa en secreto; descúbrese éste, embarcan á la chica y al fruto de aquellos amores con rumbo á España, y detrás viene el marido, logrando, ya en la Península, entrar de ayo de su hijo. La madre de D.^a Pepita siente amorosa inclinación en favor de su yerno, ignorando que lo es, y recibe fatal desengaño cuando al final se averigua todo.

Cinco interlocutores, una sola decoración, acción única: la obra, sin ser un modelo, es muy superior á los conocidos dramones de Comella.

El autor tenía lo que hoy llamamos ideas liberales
Veamos cómo se expresa al hablar de la esclavitud:

En América fuí esclavo.
¿Qué tenemos que lo fuera?
¿Pues acaso los esclavos
son de otra clase diversa
que los demás? Si con ellos
los europeos comercian,
y los venden, y los cambian
como si animales fueran,
deja de ser una ley
contraria á naturaleza.»

La censura y aprobación son de 10 de Junio de 1798, aunque en ellas se dice que la comedia había sido ya censurada en 2 de Febrero anterior.

El buen labrador, comedia en cuatro actos. Música de Moral.

Cierto que los tipos son vulgares, el diálogo en armonía con los tipos, las mutaciones frecuentes y no siempre justificadas, los chistes, si algunos se encuentran, rebuscados, y el concepto general de la comedia de pocos vuelos; pero nótese algo de verosimilitud, cierta lógica en el desarrollo del argumento, instinto moral, deseo laudable de hacer crítica de costumbres.

La escena se desarrolla en un pueblo. D. Gil de Monteligerero, hidalgo ridículo, opónese al enlace de su hija Torcuata (papel que hizo Rita Luna) con Benito, porque no es noble: para resolver el conflicto depositase á la muchacha en casa de Timotea, viuda de un escribano, y previas algunas peripecias, el D. Gil se decide á robar á su hija: realízalo una noche oscura, naturalmente, la chica pierde el conocimiento y el padre la entrega desmayada en brazos de los criados de Benito, creyendo que son los suyos. El enredo llega á su colmo cuando se presenta el Conde, señor del pueblo, y con la inteligencia de un filósofo y la rectitud de un padre de la Iglesia arregla el asunto á gusto de los amantes.

Descúbrense en Comella, eco fiel de la clase media y del pueblo, tendencias democráticas, cuyo examen y estudio me tomo la libertad de recomendar al lector, si por ventura le viniese la comedia á las manos.

El concepto agradable que de la obra he formado apóyase en la censura de D. Santos, quien dice con fecha 26 de Agosto de 1791:

«*El buen labrador* (aunque por distinto medio) demuestra en substancia el mismo objeto que su autor ha propuesto en otras, de alabar la aplicación y vituperar la desidia y vanidad que por preocupación siguen algunos hidalgos en perjuicio suyo y de los pueblos en que viven. Los pensamientos y razones no tienen todo aquel nervio de que es capaz la materia, y los caracteres de las personas están destituídos de los colores más vivos y propios: bien que el de la viuda Timotea hace reir y divierte sin cesar por la ridícula y graciosa extravagancia con que está pintado. El todo de la comedia podrá divertir.»

Hé aquí una escena regularmente hecha: el alcalde don Diego interesa á Timotea para que influya con Torcuata, á fin de que desista de la boda.

Dieg. Siéntese usted.

Tim. La visita es necesario que entienda que la hemos de declinar por *brevis et breve*.

Dieg. Buena prevención.

Tim. En este caso debo por mi honor hacerla, porque tengo secuestrada en mi casa una doncella, y debo cuidar que nadie me la segregue.

Dieg. Sobre esa materia tengo que hablaros.

Tim. (*Se levanta.*) Señor alcalde, sobre ella punto redondo. El muchacho que me trajo, haced que venga conmigo. Muy buenas noches, que ya son las nueve y media, y me faltan que rezar Letanías y Completas.

Dieg. (*La detiene.*) Escuchad.

Tim. No puedo, amigo.

Dieg. El escucharme ¿qué os cuesta?

Tim. El perder todo aquel tiempo que me habléis de una materia que está reservada al foro contencioso.

Dieg. Timotea, dejémonos de bobadas.

Tim. Eso es tratarme de necia metamorfóticamente; y es menester que usted sepa que en el arte de Nebrija estudié las cinco reglas de contar, y en el *Quijote* la sintaxis.

Dieg.
Conque usted, que es una docta

del siglo, sin que eso sea
lisonja, que entiende á fondo
la ley de naturaleza,
es menester que á la niña
persuada con su elocuencia
que desista de una boda
que los parientes reprueban.
Es excusado que diga
los medios de convencerla,
cuando usted de la oratoria
posee todas las reglas.

Tim. De oír tantas alabanzas
corrida estoy de vergüenza.
¡Jesús, qué bochorno!

Dieg. Esto
es hacer justicia seca
al mérito, y el rubor
es efecto de modestia.

Tim. Con efecto, pero vamos
al asunto: vuestra arenga
se reduce á que á Torcuata
le quite de la cabeza
el deseo del connubio.

.....
es muy mala la violencia,
y es preciso que se casen
los hijos con quien desean:
máxime si entre los novios
no hay alguna diferencia
y se quieren. ¿Habéis leído
sobre este punto las guerras
que entre Abencerrajes hubo
y Gomeles? Pues leedlas;
y si no leed, que es mejor,
la agricultura de Herrera,
y veréis cómo las plantas,
por que mejor permanezcan,
requieren tierra á su gusto.

D. Diego insiste en su pretensión, y Timotea se marcha, despidiéndose con esta frase: «Nulla est redemption». Esta escena la representaban María del Rosario y Máiquez: habría que verlos.

CARLOS CAMBRONERO.

(Continuará.)



ESTUDIO HISTÓRICO

DE LA VIDA Y ESCRITOS DEL SABIO MÉDICO ESPAÑOL
DEL SIGLO XVI

NICOLÁS MONARDES

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Presento al público este modesto trabajo, y tengo el honor de someterle á su ilustrado juicio, abrigando la grata esperanza de que le ha de conceder su atención, por tratarse de una de las glorias científicas españolas que más alto deben proclamarse, precisamente por haber florecido en aquella dichosa época en que el nombre de nuestra nación resonaba en el universo cual símbolo de grandeza, y en que, como es de todos sabido, se hallaba el territorio español iluminado á perpetuidad por el astro del día.

Animado de idénticos propósitos y con el mismo deseo de enaltecer y estudiar nuestras celebridades científicas, escribo esta biografía y bibliografía, como ya vengo haciendo, desde hace años, con otras de diferentes sabios, más ó menos bien conocidos y algunos por desdicha olvidados, procurando por mi parte que desaparezcan de la oscuridad en que yacen tan

valiosas joyas, dignas de que no se oculten como preciosas perlas en el fondo de los mares, y se procure á todo trance que la historia científica española complete y generalice su elevada misión.

Es pues necesario, sin duda alguna, presentar á la luz del día las galas de nuestra historia científica, un tanto olvidadas y oscurecidas, para que el brillo de sus puros reflejos ilumine el camino del presente período y de las edades del porvenir, á fin de que el concepto que se forme de nuestra nación tenga la exactitud verdadera y revista la imparcialidad y justicia, no siempre otorgadas, en el tribunal de la general censura. Hay, en efecto, muchas y ricas joyas en el fondo del mar de lo pasado escondidas, y es forzoso admirar su belleza con verdadero orgullo patrio.

Al recorrer las páginas de los libros en que se describen las sustancias de que la Farmacología y estudios limítrofes se ocupan, no pueden menos de hallarse las huellas del superior talento y laboriosidad del célebre *Nicolás Monardes*, lo cual me inspiró el deseo de estudiar y conocer su vida y escritos, por cuyo motivo heme decidido á publicarlos, queriendo rendir ese tributo de admiración á quien fué una de las primeras figuras científicas de aquella sociedad. Son ya varias las biografías de Monardes que han visto la luz pública. Los estudios de Morejón y Chinchilla, los trabajos bibliográficos de D. Nicolás Antonio y Arana de Valflora, pueden citarse como clásicos en este asunto; alguna mención merecen Chiarlone y Mallaina, y últimamente un interesante folleto del Dr. D. Javier Lasso de la Vega, premiado por el Ateneo de Sevilla en 1890, constituye un trabajo digno de la mayor estimación. El último contiene curiosas noticias, algunas de las cuales he utilizado también en este escrito, como ya cuidaré de citar en su oportuno sitio. Pero he procurado, en la bibliografía que ofrezco á la pública consideración, no sólo consignar algunos de los datos no conocidos ni publicados en parte alguna, sino ampliar las consideraciones críticas, en cuanto puede hacerse con detenidas y meditadas lecturas de las obras del sabio médico sevillano.

Con tales ideas, y después de prolijas y minuciosas consultas á las bibliotecas y archivos, he emprendido este estudio, en el cual suplico encarecidamente á los que me honren con su lectura atiendan antes á los deseos en que se inspira que al modo de haberlo realizado, con lo cual habránse sobremanera satisfecho las aspiraciones del autor.

CAPÍTULO PRIMERO

DATOS BIOGRÁFICOS Y DOCUMENTOS RELATIVOS Á ESTE PERSONAJE

Importancia del siglo XVI en la ciencia española.—Nacimiento de Monardes.—Sus primeros años.—Su talla científica.—Estudia en la Universidad de Alcalá.—Fecha de su grado de Bachiller en Medicina.—Dedícase al ejercicio de la profesión en Sevilla.—Su crédito como médico práctico.—Personajes á quienes asistió.—Composiciones poéticas que le dedicaron varios autores.—No estuvo jamás en América, aunque conocía perfectamente las producciones naturales de esta región.—Museo formado por Monardes.—Fama del mismo entre las personas eruditas.—Tributo que le han rendido los botánicos modernos.—La mejor recompensa á su trabajo.—Costumbres de Monardes.—Su natural modestia revelada en muchos de sus actos.—Muerte de Monardes.—Año de su fallecimiento.—Escasez de noticias biográficas de este sabio.—Su vida se halla en sus libros.—Otros datos curiosos del mismo.—El retrato de Monardes.—Intervención de Monardes en el reconocimiento de un canónigo de la catedral de Sevilla.—Distinción entre Nicolás y el llamado Juan Bautista.—Palabras de D. Nicolás Antonio.—Documentos interesantes y curiosos.

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
REY EN PARÍS

I

Entre los sevillanos ilustres que han merecido con indiscutible justicia pasar á la posteridad por multitud de títulos, se halla Nicolás Monardes, una de las lumbreras científicas de nuestra nación en el siglo XVI, en cuya época brillaron tantos españoles que supieron colocar el nombre patrio á una altura suficiente á ser por todos los pueblos admirado y en todas las regiones enaltecido.

En los últimos años del siglo XV, puesto que fué en

1493 (1), nació en Sevilla. En esa memorable centuria que ha cansado á la historia con sus hechos tuvo la fortuna de abrir los ojos á la luz. Sábese que estudió en la Universidad complutense y ejerció en la ilustre capital andaluza la profesión médica, residiendo constantemente en la ciudad del Guadalquivir, que le cuenta entre sus predilectos hijos y como una de las más preciadas perlas de su corona.

El estudio biográfico y bibliográfico de Monardes da á conocer de un modo exacto el grado de cultura científica española en la centuria décimosexta, por lo que se refiere á las ciencias naturales en sus relaciones con la medicina y la farmacia, al propio tiempo que revela la importancia de un personaje cuyo nombre ha pasado con justicia á través de las generaciones, rodeado de los prestigios del sabio y de la aureola del talento de primer orden.

Finalizaba, pues, el siglo XV cuando el sol sevillano fué el que primero iluminó sus retinas, no habiendo jamás olvidado lo que á su patria debiera ni los sacrificios que los autores de sus días se impusieron por darle brillante educación y acumular en su mente la mayor suma de conocimientos que fueron semilla benéfica, que germinó y produjo al andar del tiempo sazonadísimos frutos.

Los años primeros de su existencia trascurrieron para él sin los atractivos y encantos que tienen para el mayor número, pues entregado por completo al estudio, más por afición propia que por ajeno mandato, apenas si pudo saborear las dulzuras propias de la primavera de la vida, porque no disfrutó de los placeres de la juventud, ávido de consagrarse á la ciencia, á quien no quería sustraer ni aun breves momentos.

No ha consignado la tradición ni hay dato alguno relativo á los nombres de los padres de Monardes, así como tampoco se conoce cuál era su segundo apellido, y es de lamentar esta falta de noticias, que todas ellas vendrían á integrar una completa biografía, si por ventura se hubiese con-

(1) Hay algunas dudas respecto á esta fecha, pero está consignada en las obras de más reputación.

seguido adquirirlas, aun cuando no parezcan de gran interés; pero todo lo que se refiere á la personalidad de Monardes lleva envuelto una aureola de importancia tal, que la historia se apodera con avidez de cuanto á este personaje se refiere en todos los órdenes de su vida.

Acudió á realizar sus estudios médicos á la Universidad complutense, pues no existían en Sevilla cátedras donde pudiera verificarlos, llevándole indudablemente á tal determinación la fama justamente adquirida por el establecimiento fundado por Cisneros y la bien sentada reputación de aquellos profesores que, inspirados en las ideas hipocráticas, sabían inculcar á sus discípulos los preceptos más sabios y las grandes síntesis encerradas en sentencias que las aprovechadas lecciones del tiempo había producido.

Tiénese noticia, entre las fechas memorables de su carrera científica, que en 19 de Abril de 1533 se graduó de Bachiller en Medicina en la Universidad de Alcalá, según consta en el libro de actos y grados de aquel memorable centro científico, habiéndole conferido dicha dignidad académica D. Pedro López de Toledo (1).

De sus estudios en la referida Universidad de Alcalá se sabe que los realizó con aprovechamiento, que siguió su carrera con vocación y entusiasmo, creyendo indudablemente que en ella había de hallar la satisfacción de su espíritu y el logro de sus aspiraciones, así como también se conoce la gran superioridad que sobre los demás tenía; manejaba con bastante soltura el idioma del Lacio, cual era indispensable en aquella época para seguir con fruto cualquier índole de estudios, y así se revela también en algunos de sus escritos.

La vida del estudiante sevillano en Alcalá de Henares fué exactamente la que de ordinario refieren las crónicas que acontecía á los jóvenes que en el siglo XVI acudían á las aulas complutenses, de cuyos bancos salieron

(1) Dicho libro existe hoy en el archivo de la Universidad Central, como continuadora de aquel ilustre establecimiento. Véase el documento inserto en el lugar correspondiente al terminar la biografía.

tantas celebridades que llenaron el mundo con su nombre y cuyos legendarios manteos eran no sólo la alegría de la gloriosa población que los albergaba, sino que constituían además una colectividad de donde brotaban, en medio de algunos juveniles desvaríos, torrentes de ingenio, como aparecen las perfumadas flores después de los huracanes de Marzo y las primeras lluvias de Abril.

Bien joven era Monardes, puesto que no tenía más que veintiséis años y aún asistía á las aulas, cuando, según se deduce de los datos cronológicos, tendría ocasión de presenciar, con motivo de las vacaciones estivales del año 1519, el 10 de Agosto, la partida de Sevilla de Fernando de Magallanes en pos del descubrimiento del estrecho que recuerda de una manera imperecedera su nombre, y que constituye uno de esos hechos históricos cuya importancia enaltece al pueblo que tiene la dicha de verlos realizar en su recinto.

Una vez terminados sus estudios, dedicóse inmediatamente Nicolás Monardes al ejercicio de su profesión en Sevilla, cuyo trabajo no interrumpió jamás hasta la terminación de su existencia. Aun cuando tuvo la fortuna de poseer algún capital, que le hubiera fácilmente consentido disfrutar de la paz del descanso, sobre todo en el último tercio de su vida, no consintió, sin embargo, su entusiasmo por la ciencia, ni mucho menos la ejemplar laboriosidad de que le dotó naturaleza, trocar por las dulzuras del ocio los sinsabores de la práctica y su incesante trabajo que compartía entre los enfermos y el bufete, siendo la muerte la única encargada de apagar los fulgores de aquella constante hoguera.

Monardes empezó á ejercer la medicina en Sevilla en 1534, como se deduce de lo que él mismo asegura en una de sus obras. En la *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*, edición de 1574, impresa en Sevilla, dice en el folio 2.º vuelto lo siguiente: «Púdelo hacer juntamente con la experiencia y uso dellas de quarenta años que ha que curo en esta ciudad». Por lo tanto hay necesidad de referir á cuarenta años antes la fecha en que comenzó á ejercer, y éste es un dato que contribuye á afirmarse en la

creencia que acabamos de consignar de que no fué en Sevilla, como erróneamente algunos aseguran, donde hizo sus estudios médicos, puesto que hasta 1572 no se establecieron en la Universidad de Sevilla cátedras de Medicina.

Que alcanzó gran crédito Monardes como médico práctico y experimentado clínico lo demuestra, entre otras cosas, su grande y escogida clientela, entre la que se contaban personajes ilustres, como la Duquesa de Béjar, á quien dedica una de sus obras; el Arzobispo de Sevilla D. Cristóbal de Rojas y Sandoval y el Duque de Alcalá, al que dedicó el diálogo del hierro, así como algunos otros, todo lo cual da á entender que su fama como médico se hallaba á igual altura que en el concepto de escritor, pues sus obras se agotaron con prontitud, siendo necesaria su reimpresión y fueron traducidas á extranjeros idiomas por personas importantes.

Que tuvo gran fama en su tiempo y que sus contemporáneos hicieronle la debida justicia pruébanlo los muchos elogios que le tributaron, según atestiguan los varios documentos que ha podido recoger la historia, y llegó fácilmente á manos de Monardes una carta que Pedro de Osma le dirigió desde Lima á Sevilla, sin otras señas que las siguientes: «Al muy magnífico señor, mi señor Doctor Monardes, médico en Sevilla». Con lo cual se deduce que no sólo la voladora fama llevó el prestigio de su nombre hasta Lima, sino que era igualmente considerado y enaltecido en todas partes, pues la carta llegó á su destino sin sufrir extravío ni retraso en trayecto tan largo.

Sonetos y otras composiciones poéticas que le dedicaron escritas en latín y en castellano son también muestras elocuentes del gran concepto público que alcanzó, debido todo á sus libros, recibidos con la consideración y el aprecio merecidos por unos trabajos que revelaban verdaderos inventos y conquistas científicas, así como también por sus actos profesionales considerados en otro terreno que en los resultados del bufete y de las publicaciones.

II

No puede menos de concederse á Monardes un gran espíritu de observación, como indica el atento y minucioso estudio que hizo de gran número de sustancias, consignadas en sus libros, donde se detallan muchos caracteres, realizando de tal suerte descripciones de cuerpos, cuya originalidad le corresponde en gran manera, y constituye por lo mismo un mérito que debe consignar la historia.

Fidelísimo y atento observador de la naturaleza, leía perfectamente en ese libro, cuyas páginas están siempre abiertas y en sus renglones, fielmente interpretados, se encierran sublimes y profundas sentencias para después aplicarlas con perfecto criterio á multitud de asuntos de la vida práctica, y Monardes los tradujo en el enriquecimiento de la materia médica, á la que aportó precioso contingente, del que ha podido utilizarse no sólo la generación que le fué contemporánea, sino los siglos que le han seguido para llegar á nuestros días rodeado de brillante fama.

Aunque no realizó viajes á América, como algunos erróneamente suponen, no perdonaba, sin embargo, medio de adquirir noticias y recolectar producciones naturales de aquellos países, desconocidos entonces por completo, como recién descubiertos, encargando á los patrones de buques, á los capitanes de las diversas embarcaciones que partían hacia los inexplorados sitios, que procurasen á todo trance traerle productos de aquel suelo, con objeto de estudiarlos y someterlos á detenido análisis.

Por más que algunos aseguren que estuvo Monardes en las Indias occidentales, fundándose en datos que suponen de gran fuerza, lo cierto es que, bien aclarado este hecho biográfico, resulta perfectamente comprobado, como ya he dicho, que no realizó semejante viaje.

Así es que dice él mismo, hablando del propósito de escribir acerca de las sustancias de aquellas regiones: «*Y como en esta ciudad de Sevilla, que es puerto y escala de todas las In-*

dias occidentales, sepamos dellas, más que en otra parte de toda España, por venir todas las cosas primero a ella, do con mayor relación y con mayor experiencia se saben, púdelo hacer, etc.»

Creemos, por tanto, que el historiador Hernández Morejón está en lo exacto al asegurar que «Monardes ejerció en su pueblo natal, donde estuvo avecindado toda su vida, y no consta que se ausentase de él».

Monardes reunió, como resultado de todo esto, un museo de objetos naturales, constituido por sustancias medicinales procedentes de América que, aunque no numeroso, era sumamente notable por lo raro de los ejemplares que coleccionó, y sobre todo por la novedad que entonces ofrecían unos objetos recién aparecidos en el horizonte científico y acogidos con el entusiasmo que se reciben las novedades que se presentan envueltas entre los esplendores de la grata esperanza de hallar en ellas remedios más eficaces y seguros para combatir las enfermedades que los hasta en aquel día conocidos. Es uno de los museos más antiguos que se han formado, y Beckman lo cita como ya existente en 1554; es decir, que llegó á tener fama entre sus contemporáneos como digno de ser conocido y estudiado.

Dícese que sirvió de modelo y estímulo á Argote de Molina y Rodrigo Zamorano para que á su vez reunieran entonces en Sevilla gran número de objetos naturales; de todo lo cual resultó un verdadero progreso científico. La colección de Monardes ofrecióle motivo y base fundamental para sus escritos y singularmente para la obra titulada *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias occidentales*, que es indudablemente su trabajo de más empeño.

Que la colección de objetos naturales traídos de América, formada por Monardes, llegó efectivamente á constituir un notable museo, lo prueba la circunstancia de que se citaba por todas las personas dedicadas á estos estudios, y es, según el referido Beckman, uno de los más antiguos que han existido, refiriéndose al año 1554, y aunque los indicados Argote de Molina y Rodrigo Zamorano se ocuparon en Sevilla en reunir sustancias de esta índole, no llegaron estas colecciones á igualar á la de Monardes, ni en el número de

ejemplares, ni tampoco en las condiciones especialísimas de los mismos, dignas de ser tenidas muy en cuenta por lo convenientes para el estudio en todos conceptos, así como el valor científico, importancia y criterio en la elección de los objetos coleccionados, que superaba á todos.

El conocimiento de las sustancias que, procedentes de América, llegaban á sus manos lo hacía con verdadera fe y entusiasmo, profundizando, hasta donde lo permitían los conocimientos de la época, todo lo relativo á esos cuerpos, verdaderas novedades entonces, describiéndolos con gran minuciosidad y copia de datos, que revelan el criterio de aquel tiempo y á la vez la sagacidad de quien por vez primera tenía la fortuna de dar á conocer al público unos objetos que constituían casi en su totalidad una conquista de la ciencia y un nuevo consuelo á la doliente humanidad.

Suplió, pues, con su buen talento lo que indudablemente habría realizado si hubiera sido viajero y explorador, y en vez de coleccionista en su gabinete de estudio, asistiera como testigo presencial á los sitios originarios de los cuerpos que describe. Pero eso no es motivo para disminuir en lo más mínimo la importancia y el valor de sus meritorios trabajos, tanto más dignos de ser elogiados cuanto más lejana la época en que se los considera, y cuando ya la historia ha pronunciado sobre ellos su fallo inapelable y definitivo.

Debe consignarse, como justo tributo á la verdad histórica, en la biografía de Monardes, el nombre del ya citado Pedro Osma, que en el año 1568 comunicó á aquél gran número de curiosas y variadas noticias sobre cosas naturales del Perú, cuyos datos utilizó en gran manera para llevar á sus escritos precioso contingente que les avalorase y á su vez esclarecer puntos oscuros ó dudosos y rectificar errores que se tenían respecto á muchas sustancias.

III

Acaecido el nacimiento de Monardes, al siguiente año de haberse descubierto América, parece que la Providencia le presentó como el mejor cronista del conjunto de remedios

preciosos con que el Nuevo Mundo brindaba á la humanidad, siendo aquel suelo no sólo rico tesoro de metales de gran valor, que proporcionaban toda clase de bienestar físico, sino fecundo manantial de auxilios con que recuperar la salud, que es el mejor de los capitales, nunca bastante apreciado mientras se posee.

Los botánicos le han dedicado un género importante de la conocida familia de plantas Labiadas (que da también nombre á una tribu), y aun cuando no hizo excursiones á los sitios de donde proceden los objetos que minuciosamente describe, como ya se ha dicho, se ve en sus trabajos una gran copia de datos y una minuciosidad extraordinaria, deducido todo no sólo del examen atento y concienzudo de dichos objetos, sino también por haber procurado adquirir las mejores y más exactas noticias que acerca de los mismos pudo proporcionarse, y teniendo el buen criterio de no aceptar datos que juzgaba inverosímiles ó poco exactos.

Dedicado al estudio con extraordinaria asiduidad, consideraba la adquisición de nuevas ideas y la investigación de los nuevos hechos que ante sus ojos se revelaban como la mejor recompensa á su constante trabajo y la mejor de las satisfacciones de su espíritu, ávido del progreso científico, que no limita sus aspiraciones á lo ya conocido, sino que anhela ensanchar los horizontes de su dominio por mayores espacios.

De costumbres purísimas y morigeradas, presenta buena prueba de la conservación de su salud y energía cuando, en edad tan avanzada como después de haber cumplido los ochenta años, escribía para el público de manera tan notable que revelaba la lucidez de su inteligencia, la cual no palidecía ni disminuía en manera alguna con el peso de los años, al propio tiempo que, por feliz y fortuita contingencia del acaso, no habían sobrevenido aún los achaques propios de una vejez que no tenía de tal más que la fecha lóngeva del que, por fortuna suya, la ostentaba.

En efecto, la misma longevidad que tuvo la dicha de alcanzar es una prueba que indica lo ejemplar de sus costumbres y lo metódico y austero del régimen á que sujetaba su

existencia, pues quien logra no sólo contar larga fecha en el curso de su vida y sobrevivir á la inmensa mayoría de sus contemporáneos presenciando los hechos realizados por varias generaciones, sino también tener la rara ventura de la integridad de todas sus facultades y el perfecto ejercicio de sus funciones, aun en esos últimos linderos de la ancianidad, sin tropezar con la decrepitud, realiza el ideal de las humanas aspiraciones, cual si hubiese resuelto uno de los más arduos problemas.

De los trabajos que á la posteridad ha legado ha podido también deducirse con evidencia que era en él nota saliente la modestia, pues sus escritos revelan sinceridad y reconocimiento de las deficiencias que contienen, esperando que ajenos y superiores criterios y personas de mayores conocimientos adicionaran y completasen las ideas que en aquellas obras existían, no sintiéndose jamás satisfecho de sus producciones, por lo mismo que conocía que su ciencia abarcaba extensos y claros horizontes, muy difíciles de dominar, aunque se tratara de inteligencias de primer orden, como la que él tenía la ventura de poseer.

La modestia propia del saber, é inherente al hombre de ciencia, que en todos sus trabajos é investigaciones sólo descubre el inmenso horizonte que cada conocimiento ofrece y que á medida que se sabe algo, se aprecia lo mucho que falta que aprender, caracterizaba, pues, á Monardes en todos conceptos, cual lo revelan clarísimamente las adjuntas frases que se hallan en uno de sus libros:

«Seré el primero (en escribir de estas plantas) para que los demás añadan con este principio lo que más supieren y por experiencia más hallaren.»

Monardes murió en Sevilla en 1588 según unos y en 1578 según otros. Alcanzó, pues, la avanzada edad de noventa y cuatro años, durante cuyo largo período realizó multitud de trabajos, pudiendo decirse que fué una vida aprovechada y fructífera para la ciencia en diversos conceptos, habiendo pasado con justicia á la posteridad su nombre, con ese firme prestigio y reputación que sólo alcanzan los hombres de superior inteligencia, cuando además en el caso presente

estaba unida á una actividad, energía y tesón para el estudio, poco frecuentes, sobre todo en los nacidos en países meridionales, dotados de imaginación brillante, pero no de la paciencia necesaria para el mártir del estudio, indispensable en las ciencias experimentales.

Respecto al año de su fallecimiento, existe, como acabo de indicar, algún desacuerdo en los historiadores que del asunto tratan. Personas de tanto crédito y renombre como D. Nicolás Antonio y Arana de Vallflora muéstranse dudosos entre las fechas de 1588 y 1578. Mareri, aunque vacila, parece decidirse más bien por este último año Consultado por el Dr. Lasso de la Vega, que ha publicado una bien escrita biografía de Monardes en 1891, un manuscrito existente en la Biblioteca Colombina, se halla el dato de que en el convento de San Leandro de Religiosas Agustinas, de Sevilla, hay una tabla que dice que murió en 1578. En una nota al margen consigna Rodrigo Caro: «Hoy ya no existe esta cosa: quitáronla quando se soló de nuevo la Iglesia: estaba junto al Choro y Altar de el Santo Cristo; entonces se descubrieron sus huesos y permanecían incorruptos».

Falleció Monardes en el mes de Octubre, y fué sepultado en la referida iglesia del convento de Religiosas de San Leandro, de Sevilla, delante del coro, cuya lápida, en efecto, ha consignado durante larguísimo período de tiempo el sitio que guardaba las preciosas cenizas de un sabio, pero que hoy desgraciadamente hánse perdido, sin que puedan las actuales generaciones tener el consuelo de contemplar unos restos que la ciencia debe considerar cual venerandas reliquias.

IV

Las noticias biográficas que de este personaje se consig- nan y conocen son, á la verdad, muy escasas, por cuyo motivo hay que acudir á sus obras, ó sea esos testimonios vivos que á toda hora podemos consultar para leer en ellas

las ideas del autor, y que cual testamentos de su inteligencia, permiten reconstruir al que las dió vida y que supla el biógrafo los hechos que han quedado en el olvido ó ha deshecho la acción de los años, deduciéndolos de los resultados y trabajos, que no ha podido destruir el oleaje del tiempo ni borrar el trascurso de varias generaciones.

Pero los escritos de Monardes son numerosos, lo cual, además de ser prueba evidente de su gran laboriosidad, sirve para conocer gran parte de sus ideas y propósitos, pues revelan originalidad extraordinaria, y no solamente son el resultado de mucho estudio y constante observación, sino la síntesis de su criterio científico y la suma de ideas que un metódico razonamiento ha producido, constituyendo trabajos que atestiguan á toda hora el mérito de su autor, aun admitiendo lo que tengan de defectuosos y tomando en cuenta sus extravíos.

Mas á pesar de esa sensible falta de datos, si se estudian despacio y cuidadosamente los libros que brotaron de su pluma, puede de un modo exacto reconstruirse casi toda la silueta del personaje, porque en ellos se revelan sus aficiones, sus gustos, las tendencias de las ideas de la época, el valor que se daba á determinados síntomas para el diagnóstico, las fechas de algunos actos importantes y trascendentales de su existencia, su posición social, la amistades que contrajo, la categoría de algunos de sus clientes, la fama y concepto público que adquirió, las dificultades con que tuvo que luchar para hacer sus estudios, todo lo cual hay necesidad de integrar para conocer la vida de un sabio español, que deben acoger con avidez las crónicas de la ciencia patria y la historia científica en general.

Es, por tanto, Monardes uno de los escritores que más huella de su personalidad han dejado en sus obras, hasta el punto que el lector, cuando pasa la vista por las páginas de los libros que brotaron de su clara inteligencia, parece que se identifica con el autor y contempla su íntimo retrato y su mejor y más acabada semblanza, porque á poco que se medite en las frases que se leen, vese surgir inmediatamente las aficiones, antipatías, costumbres, ideas, amistades

y toda la historia que completa el acabado cuadro que representa la figura del que trazó aquellos renglones, que insensiblemente y sin darse cuenta ha hecho su autobiografía. Como la luz en la placa fotográfica recoge las impresiones que recibe.

Hay, en efecto, que buscar en esas obras lo que falta en datos legados por la tradición ó escondidos en olvidados archivos, nunca tan fehacientes como las ideas que la imprenta ha por ventura conservado para eterno y constante recuerdo, siempre vivo á nuestros ojos y pronto en todas ocasiones á mostrarnos las huellas de aquel hombre que tuvo la fortuna de merecer la consideración sus contemporáneos y el respeto y admiración de las generaciones posteriores, las cuales le han adjudicado el siempre verde laurel de la fama.

De la lectura de sus obras dedúcese los profundos conocimientos que poseía en gran número de asuntos del dominio de la materia médica y ciencias limítrofes, tanto más dignos de tenerse en cuenta á medida que se profundiza más y más en la referida lectura, ó se repite diversas veces, hallando siempre motivos nuevos y ocasiones apropiadas para admirar los resultados de aquella inteligencia, aun á través de las preocupaciones y errores de su tiempo, á las cuales no pudo siempre sustraerse, ni dejar de rendir obligado tributo.

Dedúcese también que, además de ser respetable hombre de ciencia, poseía una cultura literaria bastante para ser considerado como de instrucción superior. Manejaba perfectamente el idioma del Lacio, como se puede apreciar por la lectura de algunos de sus trabajos, escritos en correcto latín, al que no desdeñaría de poner su firma un humanista, por lo que atañe á la parte sintáctica y á la oportunidad en el uso de muchas voces.

En sus obras se revela claramente que tenía condiciones de escritor castizo y correcto.

No hay que buscar elegancia en la frase ni bellezas retóricas, porque tampoco se prestan á ellas los asuntos de que trata, ni la severidad científica consiente otra cosa que

una expresión clara, concisa, sucinta y concreta de los conceptos; pero la pluma de Monardes es digna representante de la prosa científica española del siglo XVI, que indica en el autor gran cultura é instrucción y al propio tiempo la facilidad que proporciona la costumbre de exponer al público las ideas por escrito.

Monardes vivió en una época de inmensa resonancia y de recuerdo eterno en la española historia. Nacido al año siguiente de realizarse el trascendental acontecimiento de la unidad de la patria con la terminación de la reconquista sellada en los muros de Granada, pudo presenciar en su infancia los breves reinados de Felipe el Hermoso y doña Juana, para luego ser testigo de los triunfos y proezas de aquel que terminó sus días en Yuste, escuchando los ecos del mundo entero que repetía su nombre, y apreciar por último el estado de nuestra nación en casi todo el reinado del fundador del Escorial.

De consiguiente, tuvo que inspirarse por necesidad en las ideas de su tiempo, y así se revela precisamente en sus libros. La unidad religiosa, que valía entonces tanto como la unidad de la patria, se ve representada al insertar en las primeras páginas de su *Historia medicinal*, etc., el nombre del Pontífice reinante Gregorio XIII, después de la licencia regia otorgada por Felipe II.

La influencia de la polifarmacia árabe no podía menos de pesar en su ánimo, si bien á su clara inteligencia no se ocultaban sus inconvenientes y defectos. Las ideas de la alquimia representadas por el genial Paracelso fueron muy censuradas por Monardes, que conoció los trabajos de Quercétano, sin dejar de ser admirador sincero de aquellos sabios contemporáneos suyos que en Italia brillaron con los nombres de Juan Bautista Porta y de Jerónimo Cardano y en Portugal de García da Orta (1).

(1) Ya que nombro este autor, diré que recientemente he publicado un trabajo biográfico del insigne escritor portugués García da Orta, contemporáneo de Monardes y que adquirió gratisima celebridad. Indico en este opúsculo que su obra ha sido reproducida en la época actual en Portugal. Después que salió á luz dicho folleto he tenido ocasión de consultar esta reproducción en

Pudo saborear las producciones que la literatura y la historia españolas, colocadas en el rango á que supieron elevarlas los Argensolas, Fernando de Herrera, Garcilaso de la Vega, Fray Luis de León, Mariana, Zurita y otros, dieron aquellos días de gloria á nuestra patria, en sus libros conceptuados como monumentos literarios, así como también la ciencia botánica representada por el inolvidable doctor segoviano Andrés Laguna (1) y la química por Alonso Barba, que aun cuando su libro de metalurgia no se publicó en Madrid hasta 1640, eran ya conocidos y apreciados sus trabajos y descubrimientos.

Y una existencia que alcanza la excepcional duración de más de diez y ocho lustros, cuando son tan fructíferamente invertidos como lo fueron por el médico sevillano que forma el objeto de nuestro estudio, ha de ofrecer forzosamente abundante motivo para que el historiador y el biógrafo se entreguen á largas consideraciones, ya sea leyendo las obras que legó á la posteridad y meditando acerca de los juicios en ellas consignados, ya también conociendo los episodios diversos que en su larga peregrinación por el mundo había de experimentar para poder adquirir exacta idea del alcance de su inteligencia y del valor de su persona en las múltiples y heterogéneas manifestaciones sociales.

Su espíritu observador en alto grado revélase también en

la biblioteca particular de mi respetable y sabio amigo el Excmo. Sr. D. Miguel Colmeiro.

La portada de la obra dice: «*Colloquios dos simples e drogas e cousas medicinaes da India e assi de algunas fructas achadas nella. (Varias cultivadas hoje no Brasil)*, compostos pelo doutor Garcia de Orta, physico d'el Rey don Joao III. 2.^a edição feita proximamente página por página, pela primeira impressa en Goa por Joao de Enden, no anno 1563.—Lisboa, na impressa nacional, 1872.»

Ad. Varnhagen, representante del Brasil en España, hace algunas consideraciones al principio de la obra al dedicársela á la Academia Imperial de Medicina de Río Janeiro.

Para encomiar la rareza del libro de Orta, dice Varnhagen que apenas habrá en todo el orbe una docena de ejemplares.

La obra está hecha, como generalmente se dice, á *plana renglón*, con la misma estructura en páginas, líneas, letras, etc., que el original.

He consignado esta noticia en este sitio, por más que parezca inoportuna, por tratarse de un escritor que brilló en la misma época que Monardes y conoció sus trabajos y ser un dato muy curioso.

(1) Véase mi estudio histórico de Andrés Laguna, Madrid, 1887.

sus variados libros, donde expone minuciosos detalles de las sustancias que describe, acogiendo con avidez cuantos datos pudo hallar relativos á las mismas y haciendo utilísimas reflexiones que redundan en gran provecho de la ciencia y de la humanidad, tanto más de apreciar cuanto que se trataba de objetos nuevamente aparecidos en el mundo científico, y de los cuales sólo se tenían vagas, incompletas y muchas veces erróneas noticias.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG.

(Continuará.)





EN LA PLAZA DE SAN PETRONIO ⁽¹⁾

(DE JOSUE CARDUCCI)

¡Cuál se destaca en las serenas tardes
de riguroso invierno la torreada
Bologna oscura y el collado! ¡Cómo
bajo el manto de nieve hermoso brilla!

Es la hora suave en que el muriente
astro del día con amor saluda
¡oh San Petronio! las esbeltas torres
(cuyas almenas con sus alas roza
el tiempo destructor) y la arrogante
cúpula de tu templo, solitaria.

Con fulgor diamantino resplandece
frígido el cielo; y esfumado el aire
en torno á los vetustos edificios,

(1) Esta poesía pertenece á las *Odas bárbaras* de Carducci, cuya traducción han emprendido los Sres. D. Jacinto Lavitrano y D. Adalmero Montero, de Alicante.

como un velo de plata
yace sobre la cima
del silencioso foro; de ese foro
que el brazo armado levantó potente
de otra generación más aguerrida.

Junto á las altas cumbres del Ocaso
el sol detiene su veloz carrera;
y antes de trasponerlas triste envía
miradas de ternura
y lánguidas sonrisas violáceas
que, al recibirlas la pardusca piedra
y el bermejo ladrillo, no parece
sino que quieran reanimar la muerta
vida de otras edades, y un deseo
por el rígido ambiente se difunde
con nostálgico afán, de que retornen
aquellas horas del florido Mayo
de tibias, gratas y olorosas tardes,
cuando en la plaza alegres las doncellas
bailaban, y los cónsules volvían
llevando al carro de su triunfo atados
reyes vencidos en lejanos pueblos.

Como ese afán vehemente,
tal huye siempre tímida la Musa
riendo esquiva del sonoro verso
donde palpita un vano
deseo poderoso
de la belleza antigua, revelada
sólo á los genios de la docta Grecia.





ÁLBUM DEL PRESO

FORMADO POR

C. Bernaldo de Quirós y G. M. Vergara ⁽¹⁾

(Continuación.)

JUAN HOWARD

«El bien que hacen los hombres es á menudo enterrado con sus huesos.»

SHAKSPEARE.

I

Así, como ejemplo de esta máxima triste, ha podido decir uno de sus biógrafos: «Howard es el redentor de los encarcelados, y los encarcelados no conocen á Howard».

Es, sin embargo, este hombre un ejemplo que conviene presentar á los que sufren como un consuelo, en cuya contemplación deben deleitarse y hallar fuerzas los honrados, los virtuosos que deben ver en la caridad la gran virtud cristiana, la virtud social, la virtud del mundo.

(1) Véase la pág. 422 de este tomo.

Que la fe y la esperanza son recreación de quien las tiene, placer solitario, y la caridad, dicha de un hombre que hace dichosos.

Las vidas de los buenos pasan olvidadas en los tiempos de los sabios, del intelectualismo dominante, y los genios de la voluntad, los héroes de la acción honrada, se oscurecen en los destellos de los genios de la ciencia cuando acaso, acaso, no sea civilización lo que falte ni *ideas* de lo que se carezca, sino de *sentimientos*, por lo que ha podido decir, y es gran verdad, un hombre ilustre que «HACEN FALTA CO-RAZONES».

Aquí, en esa entraña, estuvieron todas las energías de Howard, que hizo de ella la urna santa guardadora del amor al prójimo, amor igual al del yo, que fué en él siempre ferviente y siempre práctico (sin nada del platonismo del filósofo que predica desde el gabinete y se conmueve en las páginas del libro), que si tuvo alguna preferencia, alguna desigualdad, fué para los olvidados y los caídos, y procurando con ellas igualar á todos.

II

Nació Howard en Hackney (Inglaterra) en 1726, y el relato de su vida, desde el instante en que, elegido juez de condado, se le abren las puertas de una cárcel, cárceles las de aquellos tiempos dignas algunas de ostentar el «dejad toda esperanza» que leyó Dante á la entrada de la ciudad de Dite, en el infierno; el relato de su vida, digo, consagrada á un pensamiento, unida á una idea, es monótono, porque ella es un hecho solo: *Consolar al triste*.

Conoció Howard por primera vez la cárcel, y no como visitador, como preso, en Brest, y víctima ya de su celo por

cumplir el divino mandato; prisionero fué al dirigirse á la desolada Lisboa en los días del gran terremoto.

Y después no vaciló, y ya conocida, con todo su horror, su miseria, en traspasar sus puertas.

Un día le dijeron ante la de la Inquisición de Valladolid: «Solamente los presos pueden entrar». Contestó él: «Pues yo consentiría que me encerrasen por un mes».

No veía obstáculos. Y es preciso decir que su cuerpo era débil y que mediaba ya la mitad de su vida y que eran los caminos largos y peligrosos y que recorrió á caballo ó en un cochecito alemán, donde también pasaba la noche, toda la «geografía del dolor», esto es, la tierra toda, el gran valle de lágrimas. Que entró en las prisiones y bajó á los calabozos con fuerza bastante para romper cadenas é injusticias y para vencer las repugnancias de su cuerpo y, por último, para aquellos que miden todo valor por la medida común de los valores, el dinero, que gastó toda su fortuna, miles de duros, en esta vuelta al medio mundo del castigo, al hemisferio para el que no rueda el sol, para el que siempre hay sombras.

III

La cárcel de los tiempos modernos se ha humanizado; parece que preside la mayor parte de sus organizaciones la idea de preparar al preso para la vida social á que antes no ha sabido adaptarse, y de todas es alma la esperanza. Mas en el siglo XVIII, aquellas en que palpitaba algo la vida, á veces sólo de la sociedad tenían sus plagas, sus llagas, sus más tristes miserias copiadas en remedos tales que hacían llorar por la naturaleza humana.

En su larga peregrinación pocos pueblos humanos encontró Howard. Y fueron éstos, por regla general, los más insignificantes, esos que parecen escondidos en el mapa entre las grandes manchas de las potencias.

Un pensador moderno ha dicho que son preferibles los pequeños Estados á los grandes. Howard también apunta esta idea en su *Diario*:

«Las prisiones de Holanda, escribe, son tan tranquilas y están tan limpias, que quien las visita se resiste á creer que sean cárceles. Todos los años, y frecuentemente dos veces en él, se las blanquea con agua de cal, y cada una tiene su médico y cirujano particular. Las enfermedades son raras. Generalmente para los reos de grandes crímenes hay una celda de la que no sale jamás, con su cama de madera y buenas ropas.» También en ellas le pareció bien el que á los carceleros les llamasen *padres* los presos, pero eran carceleros que procuraban corregir como tales.

En Suiza se usaba parecido régimen, y las cárceles eran buenas. Pero era todavía mejor el escaso número de penados que encerraban: tres había en las de Schaffhen, y vió vacías las de Lausana y Berna. «La principal razón de esto, añade, es el cuidado que se tiene de enseñar é inspirar á los niños, por pobres que sean, los principios de la Religión y la Moral».

Alemania también tenía algo bueno: vió muchas prisiones construídas á orillas de los ríos; que había pocos rigores inútiles y que los calabozos estaban casi siempre deshabitados. Tenía también aposentos para encerrar á los muchachos de mala conducta, á petición de sus padres, y en la puerta estaba escrito el nombre de cualquier país para poder responder ellos que sus hijos estaban en la India, en Francia ó en España.

También encontró Howard asociaciones é instituciones caritativas para presos; y no eran escasas en Italia, donde venían á templar el rigor de las leyes. La de *San José de los Florentinos* se preciaba de no desdeñar de su seno los hombres que la sociedad rechazaba. Portugal tenía asimismo algunas excelentes, como la de la *Misericordia*.

Pero en Inglaterra, Dinamarca, Rusia, Italia, Francia y nuestra España, Howard halló las cárceles en peor estado.

Vió en la prisión de Estado de Copenhague horribles calabozos, tan horribles que el Conde Struensée, preso por tres meses en uno, gritó al salir de él, al salir para la muerte: «¡Oh! ¡Qué dicha respirar el aire puro!» Vió los encierros penosísimos que los mismos particulares tenían en Ru-

sia; la cárcel de Manheim, donde se daba la bienvenida y la despedida á los presos con una buena paliza; las casas de corrección inglesas, donde por constitucional tenacidad se daba á cada uno un pan al día del valor de un sueldo, no obstante que entonces los panes de á sueldo tenían doble menor peso que cuando se hizo la ley; vió, en fin, el tormento, las cadenas, los pesados hierros: el juego y la prostitución y más horrorosos vicios, y carceleros complacientes, harto peores, sin duda, que los carceleros rígidos.

Clamó Juan Howard contra calamidades tantas, no ya sólo en las páginas del libro que compusiera, sino ante los más altos poderes: el Parlamento de su patria y los Reyes de las naciones, hablando con la voz entera y la verdad amarga.

Ponderaba un caballero de Austria el gran mérito de su Emperador por haber abolido el tormento, y Howard le contestó:

—Dispense usted: S. M. I. ha quitado una especie de tormento para poner otro más cruel todavía. El tormento que suprimió duraba á lo sumo algunas horas; mas el tormento nuevo dura semanas, meses y hasta años enteros. Los infelices presos son arrojados á calabozos insalubres, tan malos como la *cueva negra* de Calcuta, y de allí no salen mientras no confiesan aquello de que son acusados.

—¡Chits!—le dijo el Embajador de Inglaterra.—Sus palabras de usted llegarán á oídos del Emperador.

—¿Y qué Rey—responde—ó Emperador de la tierra puede obligarme á disfrazar la verdad?

El Emperador José II lo quiso recibir en audiencia, y Howard encontró el inconveniente de tener que doblar ante él la rodilla, como si esto debiera hacerse ante otro que Dios. Pudo orillarse este inconveniente, y el Emperador y el filántropo hablaron. Éste emitió su juicio acerca de lo que le preguntaron.

—En su país de usted ahorcan por el más leve motivo—observó Jose II.

—Confieso que la aplicación demasiado frecuente de la pena de muerte—contestó Howard—es una gran vergüenza

para Inglaterra; pero ni una falta puede disculpar otra, ni la comparación es exacta. Yo, por mi parte, aseguro que preferiría, si posible fuera, ser ahorcado diez veces á sufrir la serie de constantes tormentos que padecen los infelices por su mala ventura en las prisiones de V. M.

IV

Azote espantoso de las prisiones es la fiebre carcelaria. Howard pagó este tributo á las cárceles. Por primera vez sufrió el contagio en la cárcel de Lila; sanó de él y escribió en su *Diario*: «¡Oh, Dios! Haz bien á mi alma por esta tribulación y haz que me penetre más y más de la dependencia en que estoy bajo ti; hazme más severo, más humilde, más cauteloso contra el mal, más apartado de este mundo, más apercebido para dejarle».

PERTENECE A LA BIBLIOTECA DEL
AYUNTAMIENTO DE BARCELONA

Siguió, pues, su peregrinación con esos propósitos.

Y como «se muere de lo que se vive», una segunda fiebre de las cárceles le mató en Cherson (Crimea) el 20 de Enero de 1789, unido así en las postrimerías de la agonía á los dolores, á los males que él cuidó, que él había velado, como si la muerte, convencida de su vida, supiera que sólo junto al preso podría encontrarle.

Sabía él que la muerte es un sueño que también tiene su despertar. El Almirante Priessman, á la cabecera de su lecho, quería distraerle de esta idea, sobre que siempre discurría.

—Priessman—le dijo,—usted califica esto de conversación sombría y quiere impedir que mi alma se ocupe de los pensamientos de la muerte; mas yo opino todo lo contrario. *La muerte no tiene horrores para mí.*

Y después:

—Cerca del pueblo de Dauphigny hay un sitio que usted conoce: allí deseo ser sepultado. No consienta usted que

haya pompa en mi entierro, ni que monumento alguno indique el sitio en que he de yacer. Ponga usted sobre mi sepultura un reloj de sol y déjeme olvidado.

V

Delille cantó á Howard en el poema *La Piedad*, y hoy en una iglesia, San Pablo de Londres, y en el campo de Cherson, estatuas le recuerdan y monumentos le honran. Viviendo él, también se le ofrecieron estas glorias, que rehusó. Quisiera él, más que el homenaje rendido al cuerpo perecedero, otro por las ideas, que viven más que el mármol. No le encontró; y acaso gima el alma de este varón bueno en torno de sus estatuas, de sus monumentos: gima porque en el corazón del preso no tiene eco su nombre, con el mismo quejido del padre á quien el hijo desconoce, tal vez porque su obra acabó con él y las hierbas han crecido y ocultado sus huellas (1).

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.



Estos sentidos versos, puestos por Zorrilla en su leyenda *Margarita la Tornera*, se hallaron también escritos en una pared del *Saladero* de Madrid:

(1) La obra fundamental para el estudio de Juan Howard es la del Reverendo H. W. Bellows, publicada en el libro *Prisons and reformatories at home and abroad*, Londres 1812. El Congreso Penitenciario Internacional de San Petersburgo, que coincidió con el centenario de Howard, fué un constante recuerdo del varón ilustre que inauguró la reforma de las prisiones. El delegado ruso Galkine-Wraskoy publicó un folleto biográfico y el profesor Spassowicht inauguró la serie de las conferencias con una sobre la vida, y trabajos del filántropo inglés, que concluía con las siguientes palabras: «¿No será acaso su memoria digna de veneración por todos respectos y hasta de una especie de culto por parte de las sociedades modernas?»

Son también interesantes las notas puestas al poema *La Piedad*, de Jacques Delille.

En España: *Juan Howard*, apuntes biográficos, por D. Javier Galvete, reproducido en la revista *La Voz de la Caridad*, y un artículo muy reciente, de D. Rafael Salillas en el periódico *El Liberal*, *Plutarco del pueblo*.

«Siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincón olvidado
do alguna vez se ha gozado
un instante de placer;
y al dejarle para siempre,
conociendo que le amamos,
un ¡adiós! triste le damos
sin podernos contener.»

*
* *

La esperanza debe renacer en el corazón del preso, como
en el de todas las criaturas racionales de Dios.

A. MACONCHIE.

*
* *

La conciencia es el mejor libro de moral que tenemos y
el que más debemos consultar.

BLAS PASCAL.

*
* *

INDEPENDENCIA

La verdadera independencia estriba en estas tres pala-
bras: *vivir con poco*. Este es el mejor preservativo contra la
dependencia, y este precepto no sólo se refiere al alimento
y al vestir, sino á muchas otras cosas.

W. COBBET.

*
* *

Así como es mal tratamiento médico el que combate ais-
ladamente los síntomas, descuidando la diátesis, también es
malo el sistema penal que se limita á reprimir las manifes-
ciones externas del delito, dejando el origen de la crimi-
nalidad.

FRANCISCO LASTRES.

Abogado; Vicepresidente del Congreso
de los Diputados.

*
* *

Si produjo grande entusiasmo y nobles afectos el primer ensayo de la reforma carcelaria en los Estados Unidos, más tarde las frecuentes reincidencias, la no muy grande disminución de los delitos y las no leves dificultades del sistema penitenciario, fueron causa y origen de dudas y desaliento y de que tomasen nuevo rumbo los estudios penales. En verdad que la estadística prueba que el movimiento de los delitos contra la propiedad y contra las personas indica y señala el aumento de los primeros y la disminución de los segundos; de suerte que no es posible negar que existe cierta regularidad en este fenómeno, y que la tendencia propia de un estado de cultura es aminorar los atentados que originan la violencia y la efusión de sangre; vemos en este punto un señalado progreso, pero aún estamos muy lejos del término que conciben nuestras esperanzas, y para muchos autores va apareciendo como idea dominante que la reforma profunda, extensa y mejor en varios sentidos, fuera una renovación religiosa y moral que arrancase del alma de los delincuentes la creencia en la fatalidad que les hace insensibles á la acción de bienhechores preservativos. Víctor Hugo ha escrito con su ingenio de siempre:

Nos fautes, mon pauvre ange, ont causé nos souffrances;
peut-être q'en restant bien longtemps à genoux,
quand il aura bèni toutes les innocences,
puis tous les repentirs, Dieu finira pour nous! (1).

M. SALVÁ,

Profesor de Derecho en la Universidad Central.

Á LA PUERTA DEL DELITO

*Siempre verás que el vicio
se labra por sus manos el suplicio.*

JUAN E. HARTZENBUSCH

Pálido, demacrado y anémico, creció en el arroyo, en medio de la calle, como la flor del loto que se cría en los

(1) Nuestras faltas, ángel mío, nos han traído estas penas; mas es posible que viéndonos Dios postrados ante Él, después que haya bendecido á todos los inocentes, al llegar á los arrepentidos acabe por nosotros.

lodazales, el rapazuelo cuyo nombre exacto se ignoraba, pero cuyo apodo era ya conocido por la policía de Madrid.

En el cuadro de la delincuencia, el *Gorrión* era un pajarillo que saltaba de rama en rama sin tener un sistema fijo. Acaso entre sus *protectores* los tuvo de todas las escuelas, desde el *enterrador* al *descuidero*, y así fué cómo aquel *randa* dejó de ser *golfo* para pasar á *rata*, pero sin ser *especialista*.

Bajo el enclenque y raquítico cuerpo del *Gorrión* había un alma de niño, y aquel semblante de salientes pómulos y amarillenta tez, se animaba de vez en cuando ante una acción noble: eran los restos de un espíritu sano, tal vez los últimos aleteos del *Gorrión*, pajarillo á punto de perderse para una eternidad, pero que aún no era el pájaro de cuenta. Sus ojillos grises tornábanse vivos, algunas veces desaparecía de ellos la tristeza y la melancolía y brillaban como ascuas, cuando él, satisfecho de sí mismo, creía hacer algo bueno.

Una noche en que vagaba errante por la Ronda de Toledo, observó que la puerta de una casucha parecía no más que entornada y llamó dando con los nudillos en la tabla. Nadie respondió, pero por dentro habían cerrado la puerta con pestillo.

El *Gorrión* miró, como miran los gatos, escudriñando las tinieblas de la calle; buscó en lo que fueron bolsillos de un pantalón y á la sazón andrajos, un objeto, y poco después entraba por el ojo de la llave la punta de un clavo y más tarde un ratero por la puerta de la casucha.

El *Gorrión* trató de averiguar lo que había en la casa, á oscuras, y sin encender luz, porque eso era comprometerse y porque no tenía con qué hacerla, arrastrándose como una lagartija palpó una cómoda destartalada y fea que rechinó como quejándose de aquella invasión. El raterillo sintió miedo, acudió á su mente la idea de la *quincena* y el recuerdo de los *micos*; pero no quiso perder tiempo y cogió una toquilla con que sus dedos se encontraron.

Al salir tropezó con un objeto; era una butaca y quiso probarla. ¡Qué bien se estaba allí sentado! ¡Qué cómodo era

aquel mueble; en él sí que se dormiría bien, y no en el duro escalón del quicio de una puerta!

—Salgamos—debió decirse el raterillo, y como de un salto, con la agilidad de sus doce años, llegó á la puerta.

Una bocanada de frío dió en el rostro al *Gorrión*, que empezó á tiritar.

Salió á la calle y oyó pasos de alguien que se acercaba; fué á entornar la puerta, sonó el rechinar de los goznes y un grito de dolor se escapó de los labios del chicuelo.

Se había destrozado dos dedos de la mano cogiéndoselos con la puerta.

Al grito acudieron algunas comadres de la vecindad que se contentaron con dar al atrevido una paliza soberana, recuperar la toquilla, mas sin poner el hecho en conocimiento de la inmediata pareja de la Guardia civil.

El chico se creyó perdido...

*
* *

Estaba salvado.

Hoy el *Gorrión* no pertenece al *agarren*; después de una historia, que escribiré cuando tenga tiempo y que está llena de sacrificios, penalidades y enseñanzas, ha llegado á los treinta años y actualmente posee un gran taller de cerrajería donde gana honradamente para vivir, donde es el *maestro*, el Sr. Hernández, el que ha inventado unas cerraduras á prueba de *gorriones* y el que hoy se ocupa en hacer llaves inglesas para llevar la contraria á los de Caco.

Tal es la historia de este hombre, que si llega á tener hijos, es seguro les diga una frase que siempre tiene en la boca:

—Desengañarse: el que anda mal, tarde ó temprano se *coge los dedos en la puerta*.

P. GÓMEZ CANDELA.

8 Febrero 95.



NADERÍAS ⁽¹⁾

IV

¿M? O ¿N?

En la última novela del Sr. Valera, *Juanita la Larga*, se encuentra la palabra *don-pedros* de este modo escrita, i en uno de sus quentos, *El echicero*, la boz *simpar*. En la novela a respetado el lenguaje ablado, porque *donpedros* son llamadas por todo el mundo las flores qonozidas también con el nombre de *dondiegos*, a pesar de que la Academia Española aún no a dado qabida en su Diqzionario al primero de estos dos boqablos, sin duda por difiqltades que el Sr. Valera a salvado ábilmente por medio de un gión. En el quento no a guardado iguales respetos; a alterado, por el qontrario, el lenguaje, puesto que nadie dize *siMpar*, sino *sin par* o *sinpar*, aunque tampoco figura en el Diqzionario de la Academia este último boqablo, sino el de *simpar*, seguramente por las mismas difiqltades que le an impedido autorizar el uso de palabra tan qastellana i tan qonozida como la de *donpedros*.

¿Por qué se a correjido á sí mismo el Sr. Valera i no a es-

(1) Véase la pág. 364 de este tomo.

grito *doMpedros*, qomo esqribió *siMpar*? Porque a debido de reqonozer lo qe todos los gramáticos an reqonozido, esto es, qe las letras deben ser espresión fiel i exaqa de los sonidos qe representan, qe no es el lenguaje ablado el qe debe obe-
dezer al lenguaje esqrito, sino éste a aquél; qe el bulgo, se-
gún frase de Cerbantes, es qien tiene poder sobre la lengua,
i si todos dezimos *donpedros*, así debe esqribirse la palabra.
Conbertir la *n* en *m* sería alterar el lenguaje i á esto nadie,
o por mejor dezir, sólo el bulgo tiene derecho.

Pero ¿i la regla ortográfica en birtud de la qual debe po-
nerse siempre *m* i no *n* antes de *b* i *p*? Esto es lo qe obligó,
sin duda, al Sr. Valera a esqribir *simpar* quando aún no se
le abía oqurrido el medio de sortear la difiqultad en qe la
observanzia de este último prezepto le qoloqaba, y lo qe
luego le a induzido a usar del gión, quando a reqonozido qe
no ai regla qe esté por enzima de la de no atentar qontra el
idioma patrio. Es el Sr. Valera, i qon sobrados títulos, aqa-
démico de la Lengua; está, sin duda, penetradísimo del de-
ber en qe por tal qonzepto se alla de qustodiar i qonserbar,
en unión de sus qolegas, tesoro de tan subido prezio qomo
la lengua qastellana, de qe forma parte todo boqablo sanzio-
nado por el uso, por insignifiqante qe parezqa; pero no qre-
yendo oportuno ir abiertamente qontra los qánones de la
qorporación de qe forma parte, no se a resuelto a esqribir ni
sinpar ni *donpedros*, qe es lo qe resueltamente debía aber
echo, por barias razones: primera, porque le sobra alteza lite-
raria i autoridad qomo esqritor para señalar qon el ejemplo
las razonables reformas qe imperiosamente está reqlamando
la bigente ortografía; segunda, porque si a esqrito *don-pedros* i
no *donpedros* por respeto a los preceptos de la Aqademia, a
debido reqordar qe la Gramática publiqada por este instituto
no autoriza el uso del gión en qasos qomo éste, en qe lo a
empleado el Sr. Valera; de suerte qe no a debido esqribir
don-pedros, sino esqojer entre alterar el boqablo sanzionado por
el uso, esqribiendo *dompedros*, o ajustarse estriqtamente al len-
guaje ablado i esqribir *donpedros*; tercera? mui prinzipalmen-
te, porque el prezepto de qe antes de *b* i *p* no debe esqribirse
m sino *n*, todo puede ser menos regla de ortografía. Qomo

tal viene figurando en todas las ediciones de la Gramática publicada por la Academia; como tal se enseña en la escuela a los niños i luego la repiten como dogma intangible los adultos; como tal, en fin, se impone todavía a inteligencias tan poderosas i tan independientes como la del Sr. Valera, que, si se ha atrevido a prescindir de ella, ha sido mediante un procedimiento que en definitiva embuelve el reconocimiento del precepto. Pero no, no es regla ortográfica, sencillamente porque no puede serlo. Quedan reglas respecto al empleo de las letras cuando éstas tienen distintos oficios o los comparten con otras, por ejemplo, respecto al uso de la *b*, que, sonando lo mismo que la *v*, es reemplazada en muchos casos por ésta, o de la *c*, que suena unas veces como *s* i otras como *q*; pero ¿qué puede advertirse en orden a letras que suenan siempre del mismo modo i que no comparten con ninguna otra sus oficios? ¿Queda advertir algo, desde el punto de vista puramente ortográfico, respecto al empleo de la *p* o de la *f*? Todo lo que con referencia a estas letras puede decirse es que se usará *p* cuando suene *p*, i *f* cuando *f*. Pues lo mismo sucede respecto a la *m*. Dentro de un criterio racional lo único que de ella puede decirse es que deberá emplearse cuando suene *m*, i como esto sería una perogrullada, no debe hacerse mención especial de ella en la ortografía, como no se hace de aquellas dos consonantes. Al tratar de la *b* ha podido la Academia consignar la regla de que después de *m* no debe usarse la *v*, porque facultades tiene para disponer respecto al empleo de las letras según crea más acertado, como por esta causa no resulte alterado el idioma patrio, i lo mismo dice una palabra escrita con *b* que con *v*, puesto que de igual modo se pronuncian ambas letras. Pero decir que antes de *b* o de *p* no debe usarse *n* sino *m*, no es dar reglas para reducir a escrito el lenguaje hablado, única misión de la ortografía; es disponer del lenguaje, es alterar el idioma patrio, como lo alteró cuando en virtud de tal empeño ordenaba escribir *nimpha* i *triumpho*, en lugar de *ninpha* i *triumpho*, si quería dar a la *f* la forma señalada por la etimología; como lo altera empeñándose en que escribamos *parlaembalde* en vez de *parlaenbalde*, que es como todo el mundo pro-

nunzia esta palabra, de acuerdo con los elementos que la componen, i como, en fin, lo alteraría si, por estimar que la palabra *invierno* debe escribirse con la *h* i la *b* que por razones etimológicas le corresponden, acordara que escribiésemos *hiMbierno*. Seguramente no querrá creerlo la Academia, pero consignando en su Dizzionario las palabras *parlaeMbalde*, *cieMpies* i *paMposado*, atenta contra la lengua castellana, lo mismo que los que dicen: *admósfera* en vez de *atmósfera*, *erupto* por *eructo* i *nunzias* por *nupcias*. Sólo ai una diferencia, i es que la Academia es la más obligada a respetar el idioma patrio, por lo mismo que se considera, i con razón, su depositaria.

No ai, pues, que dar valor alguno a una regla que no puede serlo dentro de racionales principios, i con tanto más motivo quanto que la Academia preszinde de ella en algún caso. Segun el prezepto de que antes de *b* i de *p* no puede emplearse la *n* sino la *m*, debía escribirse *bieMplaziente*, *bieMpareziente*; sin embargo, en el Dizzionario no se allan escritos así estos boqablos, sino de este modo: *bienplaziente* i *bienpareziente*. Berdad es que resultaría demasiado fuerte conbertir en *bieM* palabra tan usada i de pronunziacion tan fácil como la de *bien*; pero en igual caso se encuentra la boz *zien* conbertida en *ziem* en la palabra *ziempiés* a pesar de los elementos de que se compone este boqablo (*zien* i *pies*) i a pesar tambien de la palabra *zentipea* con que antes del siglo XV era nombrado aquel insecto; otro tanto puede dezirse respecto a *Ziempozuelos*, que deba escribirse *Zienpozuelos*, porque así se pronunzia, porque así lo exige su composición i porque documentos oficiales atestiguan que de este modo se escribía en tiempos no lejanos (1), e igual biolenzia a sufrido la preposizion *en*, trasformada en *em* en los verbos *empobrezer* i *emponzoñar*, con igual motivo que abría para escribir *emvriquezer* i *emvenenar*; la preposizion *in*, cambiada en *im* en *imposible* con la misma razón con que escribíamos *imzierto*, i la preposizion *con*, trocada en *com* en *compadre*, tan arbitrariamente como si la cambiáramos en *consuegro*.

(1) Bease la página 51 de mi folleto sobre *Reforma de la Ortografía castellana*.

Como los más de los gramáticos parecen enamorados del absurdo, i en vez de atacar con brío los contrasentidos en que abunda nuestra ortografía a todo tranze pretenden justificarlos, qual si lo senzillo fuera indigno de su talento, an intentado demostrar que si se escribía *m* y no *n* antes de *b*, *p* i *m*, era, no ya porque antes de estas tres consonantes no suena *n* sino *m*, sino porque para pronunziar la *b*, la *p* o la *m* «se zierran los labios, i como todo se dize de un golpe, es fuerza que lo que abía de ser *n* se pronunzie *m*». En estos términos se espresaba Franzisqo Qasqales en sus *Qartas filolójicas*, i tan satisfecho estaba de su obserbazió, tan conbenzido de la imposibilidad notada, que añadía: «Ágase la prueba». Qasqales, sin duda alguna, no abía leído lo que otros gramáticos abían dicho sobre el partikular ni pasado la bista por documentos que le ubieran conbenzido de su error (1); porque en

(1) Mateo Alemán dezía en 1609: «Á mi parecer, i no sería solo (porque voy con el de muchos mui eminentes ingenios), es más propio á nuestra lengua dezir: *inmortal*, *enbarazo*, *inperio*, que *immóbil*, *embarcación* ó *imperitos*. Este uso, este modo de pronunziar i escrebir quédese para cuyo es, que no es nuestro ni tenemos tal precepto... A sus dueños verdaderos (á los latinos) les corre la obligazió de que nosotros estamos libres para hazer lo que viéramos más conveniente cerca de nuestra pronunziación. Yo con mi pluma seguiré la *n*, despidiéndome de la *m* para en tales ocasiones».

El el siglo XVI era corriente el uso de la *n* antes de *b* i *p*, según lo atestigua el *Diálogo de la Lengua*, esqrito por Juan Baldés acia el año 1533. Preguntado el autor del libro por uno de los supuestos interlocutores qual era su parecer acerca del empleo de la *m* antes de la *p* ó de la *b*, dize: «Por mi fe, en eso tanto, nunca seré supersticioso. Bien sé que el latin quiere la *m* y que, á la verdad, parece que está bien; pero como no pronuncio sino *n*, huelgo ser descuidado en esto; y así por cumplir con la una parte y con la otra (es decir, con la etimología y con el uso), unas veces escribo *m* y otras *n*, y así tanto me da escribir: duro es el alcacer para zanpoña, como para *zampoña*, y de la misma manera escribo: «á pan de quince dias, hambre de tres semanas», como hambre».

No abiéndose publicado el *Diálogo de la Lengua* asta el año 1737, aunque se escribió azia el año 1533, no pudo conozerlo Qasqales, cuyas *Cartas filológicas* debieron de escribirse a prinzipios del siglo XVII, i no se publicaron asta el año 1779; pero pudo mui bien conozer el libro de Alemán y la Ortografía de Qorreas, en donde se lee lo sigiente: «Tomaron los latinos la regla de eskribir *m* antes de *b* i *p*, i los maestros dello *con deskuido* porque kontradize en kastellano como en griego no akabar dizon kon *m* i akabar sílaba en medio por respeto de la vezina. Y no basta que parezka ke suena *m* antes de *b* y *p*, ke lo mismo pareze en diversas dizones konkurrentes, *en baxe un pollo*. I como akí no se ha de mudar, tampoco allí; ke no ai más rrazon en medio de dizon que entre divisas, pues tan juntas se pronunzian como una dizon. En *tan poko tan bien*, no la mudan; pues ¿por ké la an de mudar kompuesta y eskribirse *tampoko tambien*?»

otro caso no se ubiese atrevido a azer tan terminantes afirmaciones, i de aberse prolongado su vida, ubiera bisto que la Academia Española, si bien en un prinzipio (2) también

Multitud de documentos, por otra parte, debió de ber persona tan erudita como el lizenziado Franzisqo Qasqales en que figuraba la *n* antes de *b* i *p*. Abundan aquéllos en los quadernos de las Qortes zelebradas en el siglo XIV; trabajos literarios ai de esa misma época en que se aze igual empleo de la *n*. En las primeras pájinas del *Lucidario*, atribuído al rei don Sancho el Brabo, se enquentran en los boqablos: *enbiar*, *mienbro*, *cunplir*, *nonbre* y *Setienbre*. En el libro publicado en 1433 por el llamado Marqués de Billena, don Enrique de Aragón, con el título de *La Gaye szienza o arte de trobar*, se lee lo siguiente: «La *m* i la *n* conbienen en son algunas bezes en medio de diziön, así como diziendo *tiempo*, que aunque se escribe con *m*, faze son de *n* e si lo escribe con *n* faze el mismo son, e por eso algunos lo esqriben con *n*, abiendolo de escribir con *m*». Y más adelante: «Por la *m* se pone *n* como en *tiempo* que se abía de escribir con *m*; pero según el uso moderno se escribe con *m*.»

En el Vniversal Bocabulario en latín i en romanze publicado en 1490 por Alfonso de Palenzia, figuran las bozes: *inpersonal*, *sinpatía* e *inpar* de análoga qomposizion esta última á la de *sinpar*.

A prinzipios del siglo sigiente (en 1508) se imprimió el *Arte para lijeramente saber la lengua arabina*, que en 1501 abía esqrito Frai Pedro de Alqalá; i que, entre otras, se allan las palabras: *onbros*, *senblante*, *senbrar*, *enbiar*, *nonbre*, si bien este último boqablo también apareze esqrito con *m*, zirgunstanzia que asimismo ofrezen otros libros de aquella época. A la bista tengo la *istoria sumaria i relación brebísima i berdadera de lo que bió i esqribió el R. P. Fr. Bartolomé de la Peña*, sobre la qonduqta obserbada por los españoles en la qonqista de las Indias, i en que la palabra *nombre* apareze esqrita así i con *n*, entre la multitud de diqziones esqritas con esta última qonsonante antes de *b* i *p*, como *ambición*, *conbertir*, *ronper*, *enbiar*, *inproperio*, *anbre*, *inbentar*, etc., etc.

En el siglo XVII, poqo después de aber esqrito Qasqales sus *Qartas*, todavía era frecuente el uso de la *n* antes de *b* i *p*. En los *Segretos de la Gramática Española*, libro publicado en 1640 por Ambrosio de Salazar, se enquentran, entre otras, las palabras *inpresos* i *Panplona*. En qambio qontiene el berbo *emfermar*. Fueron además barios los gramáticos que, prefiriendo inspirarse en la realidad á qopiar serbilmente prezeptos de un idioma extranjero, qonsignaron en aquellos tiempos su opinion qontraria al empleo de la *m* antes de *b* i *p*, ó el echo, por lo menos, de aberse conbertido en *n* en las palabras gastellanas tomadas del latín. En 1533 dezía el Dr. Busto tratando de la *m*: «Los bulgares la qonfunden con la *n*». Fr Andrés Flores en su *Arte para bien saber leer y esqribir*, publicado en 1552, afirmaba que «si bien la *b* i *p* para estar bien esqrito, qieren en una misma parte antes *m* i no *n*, en romanze no es nezesario esto». El lizenziado Billalon dezía en su *Ortografía gastellana* (año 1558): «Azerca de la *m* se pone esta regla para esqribir bien el gastellano. Que en ningun boqablo gastellano puede ir *m* antes de *d*, *f*, *q*, *s*, *t*. Como en estos boqablos: *qondenado*, *qonfianza*, *qonqista*, *santa* no podría ir *m* donde ba *n*, i ante todas las otras qonsonantes no podría ir, esqribiendo bien». En fin, en el *Tratado de Ortografía*, publicado en 1651 por el P. Juan Billar, se lee: «Antes de la *b*, *m*, *p*, no pondremos *m* sino *n*». Lo qontrario an obserbado siempre nuestros más qultos españoles, pero ya qomunmente los modernos qieren que esta etimolojía se qonforme con la qomun pronunziación que pronunzia: *onbre*, *canpo*, *ponpa*.

(2) En la ediziön de la Gramática qorrespondiente al año 1741.

dijo que antes de *b*, *p* i *m* no debía esqribirse *n* sino *m*, pues de algún modo se pronunzia esta última letra, posteriormente, lejos de pretender justifiqar aquel prezepto qopiado de la ortografía latina, se limitó a qonsignar la regla, i de tal modo estimó que era un echo innegable que antes de *m* no suena en nuestra lengua esta letra sino la *n*, es dezir, lo qontrario de lo que tan dezididamente defendía Qasqales, que ya sólo antes de *b* i *p* proibe aora emplear la *n*, i sin alegar para ello qonsiderazi3n alguna en el sentido de que entre nosotros no suena la *n* antes de aquellas dos qonsonantes, por no ser esto zierto. Nadie seguramente pretenderá sostener que nuestro 3rgano boqal se a modificado después que Qasqales esqribió sus *Qartas*, i que si oi podemos pronunziar la *n* antes de *m* es en birtud de aber reformado la Aqademia sus prezeptos respeqto al empleo de esta última qonsonante.

Suena, en efeqto, qon toda qlaridad la *n* antes del sonido *be*, i así lo reqonoze la Aqademia, si no en los qasos en que este sonido se alla representado por la letra *b*, quando lo está por la *v*, que, según terminante declarazi3n de aquel Instituto, suena exaqtamente lo mismo que la *b*, i aun respeqto a los boqablos en que el sonido *be* se alla representado por la letra de este nombre, es ebidente que suena *n* i no *m* por lo menos en todas las bozes compuestas quyo primer elemento termina en *n* i qonsiste en las preposiciones *in*, *en*, *qon*. También suena *n* y no *m* antes de *p* en todas estas palabras compuestas aunque se esqriban qon *m*, i respeqto a los demás boqablos bien puede asegurarse que el oído no percibe *m* sino *n*, según aseguraban Alemán i Baidés, según qualquiera puede obserbar fijando la atenzi3n en qomo pronunzian los que nos ablan, y según resulta de lo que aqonteze qon algunas diqziones que, componiéndose de dos boqablos, lo mismo se pronunzian separando éstos qomo uniéndolos, qual suzede prezisamente en las dos palabras que an serbido de oqasi3n a este artículo: en las palabras *dompedro* i *simpar*. Esqribanse así; esqribanse de este otro modo: *don-pedro* i *sin-par*, siempre las pronunziaremos de igual manera, esto es, sonando la *n*. En quanto a los demás bocablos que no se enquentan en este qaso, motibos ai para afirmar que, por lo menos,

se pronunzian indistintamente qon *m* o con *n*, puesto qe qon *m* o qon *n* se esqribieron antes de qe nuestros gramáticos se empeñaran en apliqar a la ortografía qastellana el prezepto latino, i la tilde, qe qon tanta frecuencia se usaba tiempos pasados en las abrebiaturas, lo mismo se empleaba en las palabras qe se esqribían con *m* quando se empleaban en ellas todas las letras, como en *cāpos*, *nōbre*, *tiēpo*, qe quando se azía uso de la *n*, qomo en *pēsamietos*, *dōde* i *pariete* (1).

De pronunziarse de distinto modo, es de suponer qe el signo de abrebiatura sería distinto a fin de ebitar confusiones, esto es, para qe no se leyera *canpos*, *nonbre*, *tienpo*, *pemsamientos*, *domde* i *pariemte*. Ya e dicho qe la palabra *nombre* se enqentra esqrita así o con *n* en los libros publicados en el siglo XVI por Frai Pedro de Alqalá i por Frai Bartolomé de la Peña. En cambio ya e dicho también qe Ambrosio de Salazar esqribió el berbo *emfermar* de este modo en sus *Secretos de la lengua española*; en el *Epítome de la Ortografía latina i qastellana*, publicado en 1614 por el maestro Bartolomé Jimenez Patón, se enqentra la palabra *amfibologia*, i Juan de Mal Lara, en su *Philosophia bulgar*, publicada en 1568, respetando la etimología, esqribió *triumviro*.

No tiene, pues, fundamento real, tratándose del idioma qastellano, la regla en birtud de la qe no se esqcribe *n* sino *m* antes de *b* i *p*. Qopiada sin razón alguna de la ortografía latina, el uso a protestado qonstantemente contra ella. *Ene* pronunziamos todos en las palabras qompuestas a qe antes e echo referencia; *ene* asimismo en otras bozes qe no figuran en el Diqzionario qomo qompuestas, sino qomo directamente deribadas del latín, pero qe en realidad qontienen entre sus elementos las preposiciones *en*, *in*, *qon*, qual suzede qon las palabras *imberbe*, *imparzial*, *impalpable*, *embarbezer*, *qompartir*, *qompatriota*, etz., i respeto a las demás bozes qe no se enqentran en los qasos indiqados, un oído no demasiado fino, esto es, qe no se alle perturbado por

(1) Estos ejemplos están tomados del prólogo de la primera edición del *Qijote*.

prejuizios, sin duda alguna dará la razón, tanto a Mateo Alemán, decidido reformador, quando anunziaba que se despedía de emplear la *m* antes de *b* i *p*, por no ser propio de nuestra lengua el prezepto latino, qomo a López de Belasgo, bigoroso defensor del uso qomo prinzipio fundamental de la ortografía, que no baziló en dezir que «en qastellano, si qon atenzión se mira, se qonoze qlaramente el sonido de la *n* antes de *m*, *b* i *p*».

No será de más, por qonsiguiente, que la Aqademia Española bea qon quidado i razón serena si se alla en el qaso de borrar de nuestra ortografía, pagando tributo a los echos, la proibizión de esqribir *n* antes de *b* i *p*, según izo, qon resolución digna de aplauso, qon la regla que qondenaba el uso de la *n* antes de *m*, tan luego qomo se qonbenzió de la inoportunidad qometida trasladando a la ortografía qastellana el prezepto latino; bea, por lo menos, reqonoziendo una bez más la indisputable soberanía del bulgo en materias de lenguaje, si ai o no motibo para azer una rebisión del Diqzionario, a fin de no mantener la *m* antes de *b* i *p* sino en las palabras en que de un modo indudable suena aquella qonsonante, i entretanto permítame el Sr. Valera que le dirija un ruego tan umilde qomo alta es su personalidad literaria: el de que, en bez de aqudir a habilidades para mejorar nuestra ortografía qon reformas a que le empuja su qlarísima inteligencia, i utilizando el prestigio alqanzado en el mundo de las letras, prestigio que le autoriza para atrebimientos mucho mayores que el que boi a indiqar, ya no esqriba *don-pedros* en las nuevas ediziones de sus primoras nobelas, sino franca i resueltamente *donpedros*, que es, según demasiado sabe, qomo llaman a estas flores las jentiles paisanas de la *sinpar* PEPITA JIMÉNEZ.

V

¡A, LAS ETIMOLOJÍAS!

Aunqueazérrimo partidario de la ortografía fonética i opuesto, por tanto, a todo lo que no sea esqribir nuestro ermoso idioma tal qomo se abla, esto es, sin qonsiderazión al orijen

de las bozes ni a usos más o menos autorizados, no llega ni mala voluntad qontra la etimolojía a negar importancia á este estudio, ni e de ser yo quien aga qoro a los qe dicen de ella qe es un simple pasatiempo, sin qaráqter de zienza ni de arte i en el qe se prozede qomo por adibinación. Es qlaro qe si esto fuera zierto, dispondríamos los qe somos sus adbersarios en el terreno ortográfico, de un poderoso argumento, porque quanto más baladí resulte el elemento etimológico sobre qe desqansa en gran parte nuestro aqtual modo de esqribir, menos defendible será éste; pero qomo aquellos tan despreziativos qonzepptos prozeden de los linguistas, qe son los enemigos deqlarados de los etimolojistas, prefiero qonsiderar tales piropos, por lo menos, qomo exajeraciones nazidas del espíritu de esquela, i darlos al olbido.

Tampoco e de inboqar en pro de mi qausa las qontiencias qe a qada paso se suszitan azerqa del berdadero orijen de las bozes, ni las reqtifiqaciones qe sufren las etimolojías al parezer mejor qomprobadas. Arto sabido es qe nada formal ni dezisibo puede fundarse sobre la inestabilidad o sobre la duda.

Mucho menos pretendo saqar partido de la inqonsequenzia qe se qomete preszindiendo del orijen de las bozes quando éste se enqentra en el mismo idioma patrio, i se proqlama qomo fundamento prinzipalísimo i digno del mayor respeto quando la prozedenzia es extranjera. ¿Quién no estraña qe en birtud de razones etimológicas se esqriba, por ejemplo, *hom-bre é historia* qon *h* porque los romanos esqribieron *homo é historia*, si después los españoles emos esqrito *ome é istoria*? ¿Es querdo inqirir el apellido del abuelo qonoziendo el del padre? Si *lucos* y *lucir*, usando de otro ejemplo, prozeden de *luz*, ¿por qué no se respeta el orijen de ambas boqablos i se esqriben qon *z*? ¿Por qué no se áze otro tanto qon la palabra *diecisiete* qompuesta de *diez* i de *siete*? El qontrasentido es tan manifiesto qe no ai nadie qe deje de adbertirlo.

Pero si es la Aqademia Española la qe proqlama la etimolojía qomo uno de los tres prinzipios qe dan fundamento a la ortografía qastellana, no será demás reqordar a este propósito, por un lado, lo qe la etimolojía representa a los ojos

de tan alta autoridad, como labor intelectual, i por otro los respetos que la misma Academia le guarda como elemento ortográfico.

En la página v del prólogo al primer Diccionario de la Lengua publicado por la Academia se lee lo siguiente: «Por lo que mira a las Etimologías hace la Academia la misma ingenua expresión como se reconocerá por el discurso de ellas, que en adelante se pone. Habla la Academia de las Etimologías con el pulso y moderación que corresponde al peligro de errar, y tiene por más congruente evitar muchas, antes que exponerse á un error cierto que justamente se le impugnasse». En el aludido discurso (páj. 58) se dice: «Esta definición (de la etimología) descubre por sí misma bastante la dificultad y lo arduo de este estudio que pide mucha reflexión y gran peso, y supone al sujeto que la cultiva muy adornado de erudición varia...»

Pues bien, este estudio tan arduo, tan difícil, que tanta reflexión exige i que supone tanta i tan variada erudición, es lo que deben saber quantos necesitan escribir el castellano, qualquiera que sea su edad i el cultivo de su inteligencia, el niño al igual que el adulto, el sabio lo mismo que el de instrucción muy escasa. I de esto sí que se puede azer un argumento en favor de la reforma, porque ¿cómo puede ser defendida una ortografía que debiendo ser conocida de todos, porque todos desde niños necesitamos escribir nuestro idioma, sólo se alla al alcance de los muy pocos que tengan preparación intelectual adecuada para cultivar los estudios etimológicos i quieran además dedicarse a labor tan ardua i tan difícil? Si la Academia, no obstante la suma de conocimientos que representa, necesitó, según confesión propia, proceder en la ocasión citada con gran pulso i moderación al hablar de etimologías, i temerosa de errar prefirió muchas veces el silencio a la afirmación, ¿cómo insiste en proclamar el origen de las voces como fundamento de la ortografía, si el escribir es tarea de todos i que exige el mismo desembarazo i seguridad de acierto con que usamos de los números al escribir cantidades? La etimología podrá no ser un simple pasatiempo, será un estudio tan importante como quieran los que a él se

dedican. En quanto a qonsiderarlo qomo elemento indispensable de nuestra ortografía, en quanto a respeto desde este espezial punto de bista, no mereze sino... el qe le guarda la Aqademia i qe bamos a ber.

Al qonstituirse esta Qorporazi3n a principios del siglo pasado, nezesitó un título: adoptó el de *Real Academia Española* i así lo esqribió. De suerte qe en el momento mismo de benir a la bida izo manifiesto i solemne desprezio de la etimolojía, puesto qe preszindió en el título elejido, de una *h* qe imperiosamente exijía la boz *Hispania*, de qe prozede el nombre de *española* i qe por esta qausa enplearon en sus libros esqritores de reqnozida autoridad (1).

No de un modo menos eloquente a dado a entender más tarde la Aqademia el qaso qe se a de azer de ella quando proqlama el respeto a la etimolojía. Sin duda alguna la palabra más de relieve, tratándose de ortografía, es esta misma palabra. Parezía, por tanto, qe en toda qlase de boqablos pudiera transijir la Aqademia qon los reformistas menos en la palabra *orthographia* qon qe en birtud de razones etimolójicas designó el arte de esqribir el abla qastellana, i sin embargo, ya esta palabra no se esqribe así. ¿Por qué este menosprezio de la etimolojía prezisamente en la palabra qe menos inadbertida puede pasar al esponer las reglas de esqribir el idioma patrio? ¿Es qe en las demás bozes qastellanas la *h* tiene un balor qe no tenía en la palabra *orthographia*? ¿Es qe resulta manifiesta bentaja de suprimir por superfluo el signo *ph*, qe compartía sus funciones qon la *f*, i no se obtendría igual benefizio aziendo otro tanto qon las demás letras de nuestro alfabeto qe tienen doble ofizio? ¿Por qué no aze la Aqademia qon toda la ortografía lo mismo qe a echo qon la palabra *orthographia*?

(1) Las palabras *Hespaña* i *hespañoles* se enquentran en la *Filosofía Bulgar* de Mal Lara; en 1555 se publiqó una gramátiga qon el título de *Util i brebe instituzión para aprender los prinzipios ó fundamentos de la lengua HESPAÑOLA en qastellano, latín i franzes*, i las bozes *Hespaña* i *hespañol* figuran en una qarta dirijida al Dr. Aldrete qon motibo del libro publiqado por este notable filólogo en 1614, sobre *Barias antiguedades de España*, i qe, aunque anónima, prozedía, según dize el mismo Aldrete, de persona de tanto lustre i grandeza, quanto ninguna mayor ni esqlarezida.

I ai todavía más. Prozediendo qon eszelente aquerdo, aze ya tiempo qe la Aqademia dispuso qe la *x* no sonara en ningún caso qomo *jota*, por bastar la letra así llamada para espresar el qorrespondiente sonido, i qlaro es qe, planteada tan razional reforma, no podía azerse eszepzión alguna en favor de determinados boqablos, antes, por el qontrario, lo prozedente ubiera sido apliqar tan laudable qriterio a todas las letras de doble ofizio. Pero ¿no es zierto qe mientras ubiera una palabra en qe se respetase la etimolojía, ésta abía de ser la de *El Quixote*, qomo testimonio de respeto a la forma qe qiso dar al título de su obra el inmortal Cerbantes? I si la fuerza del qonbenzimiento obligó a qometer esta espezie de profanazión, aunque a nadie ubiera qausado estrañeza qe no se ubiese apliqado la reforma a la palabra qon qe propios i estraños estaban aqostumbrados a admirar la mayor gloria literaria de los españoles, ¿por qué no obedezér a aquella misma fuerza del qonbenzimiento, sometiendo todo el título de la obra al qriterio en qe se inspiró la Aqademia para sustituir la *x* por la *jota*? Si así lo izo, porque en berdad basta esta última letra para espresar el sonido qe se le a asignado, sea qonsequente i esqriba *injenioso* por igual razón, pues por mucho qe repugne a la vista este boqablo de tal modo esqrito, segura puede estar la Aqademiá de qe más desagradable impresión qausaría la palabra *Quijote* quando así empezó a esqribirse, i si preszindió de la etimolojía en una palabra, bien puede preszindir de ella en el resto del título del gran libro de Cerbantes. ¿Qué digo? No sólo puede la Aqademia prozeder así, sino qe debe azerlo, porque después de aber qometido menosprezios del prinzipio etimolójiko tan salientes qomo los qe atestiguan las palabras *Española*, *Ortografía* i *Quijote*, ya sólo debe quidarse de qonserbar su prestijio, de salbar su autoridad, arto qomprometida si qontinúa proqlamando respetos qe no guarda porque, en efeqto, no debe guardarlos.

VI

LO QUE PUEDE LA MODA

Antes de publicar la Academia Española la última edición del Diccionario de la Lengua, nadie escribía: *oscuro*; ahora son muchos los que escriben así esta palabra. ¿Por qué motivo? ¿Es que ha desaparecido del nuevo léxico castellano el vocablo *oscuro* por haber caído en desuso? o ¿a causa de transformaciones ocurridas en el lenguaje hablado han echado forzosamente a introducir, como voz nueva, la palabra *oscuro* en reemplazo de la abolida? Nada de eso. Una y otra palabra figuran en la última edición del Diccionario, como figuraban en ediciones anteriores: la voz *oscuro* porque así la pronuncian todos los españoles, aun los mismos que escriben *oscuro*; este último vocablo por razones puramente etimológicas. Pero algunos que, por lo visto, no habían tenido nunca en sus manos el Diccionario, tropezaron con la palabra *oscuro*; les chocó porque para ellos debía de ser novedad; dieron en su empleo un medio de distinguirse y se dieron prisa a hacer uso de ella en sus escritos, ansiosos de ganar reputación de cultos e ilustrados, cuando en realidad sólo demostraron que estaban muy atrasados de noticias. A éstos siguieron otros sin razón alguna satisfactoria, por el mismo motivo que así para que se generalicen aún las modas más estrabagantes, y los escritores insignes, que ciertamente no necesitan apelar sino a sus propias maravillosas producciones para distinguirse, ya no escriben *oscuro*, como siempre escribían, sino *oscuro*, conforme al último figurín. Todos están en su derecho. El Diccionario los ampara. Pero conste, por lo que el ejemplo de aquellos esclarecidos escritores pudiera ser causa de malas inteligencias: primero, que otros muchos literatos de igual nombradía no han adoptado la moda (sirvan de ejemplo las últimas respetables obras de los Sres. Balart, Valera y Alas: *El prosaísmo en el arte*, *Juanita la Larga* y *Quentos morales*); segundo, que la Academia Española incluye ambos vocablos en sus

Diqzionarios sin dar la preferenzia á ninguno de ellos, porque si bien ai qien qree desqubrir qomo una reqomendazi3n en la zirqunstanzia de qe la definizi3n qorrespondiente figura en la boz *obscuro* i a 3sta se aze referenzia al qonsignar la palabra *oscuro*, f3zilmente se qomprende qe esto no es sino forzosa qonsequenzia del orden alfab3tico adoptado en el libro. La definizi3n naturalmente deb3a qonsignarse a continuazi3n del primer boqablo qe se presentara dentro del orden segido, i qomo el primero fu3 *obscuro*, *obscuro* fu3 el definido. Prueba ebidente de qe la Aqademia no da la menor preferenzia a ninguna de aquellas dos palabras, ni a pretendido azer reqomendaci3n en ning3n sentido, es qe quando en el mismo Diqzionario a tenido nezesidad de emplearlas, a echo uso de ellas indistintamente. Al esqliar las bozes *l3brego*, *confuso*, *revesado*, *pardo* i *tenebroso*, se las qonsidera equivalentes a la de *obscuro*; de *nebuloso* se dize qe es tanto qomo *obscurecido* por las nubes; pero, en qambio, al definir la palabra *confuso* se emplea la de *oscuro*; des3gnase qon el nombre de *c3mara oscura* el aparato as3 llamado; asimismo se preszinde de la *b* al qonsignar la frase familiar: «pasar de qastaño *oscuro*»; 3llanse tambi3n en el lugar qorrespondiente las bozes *claro oscuro* i *claroscuro*, i del *qulteranismo* se dize ser un «sistema que consiste en no espresar qon naturalidad y sencillez los conzeptos, sino falsa y amaneradamente por medio de voces peregrinas, giros rebuscados y estilo *oscuro* y afectado». De suerte que ai para todos los gustos.

Pero as3 qomo es preziso reqonozer en todos quantos an sustitu3do la boz *oscuro* por la de *obscuro*, un perfeqt3simo derecho para efeqtuar este qambio, qualquiera qe aya sido el motibo a qe ayan obedezido: puro qapricho u orror a lo bulgar, af3n de distinguirse o deseo, por el qontrario, de no choqar qon modas ya azeptadas, entiendo qe no merezen igual indulgenzia los abusos i estrabaganzias en qe por exajerado amor a la nobedad se est3 inquiriendo.

Berdadero abuso i en extremo intolerable me parece qe es emplear la palabra *obscuro* al reproducir esqritos en qe los autores no esqribieron as3 esta palabra, i esto es tan frequen-

te que en el trascurso de mui pocos días e bisto por dos bezes qometido tal atrebimiento en el qomienzo de la ermosa quanto qonozida poesía «Bolberán las oscuras golondrinas», sin respeto a la galana frase que le dió su inspiradísimo autor, i reziientemente e tenido en mis manos un libro destinado a la enseñanza de la literatura española en que la inspirada oda de Fr. Luis de León á la Aszension del Señor, aparece esqrita de este modo:

¿Y dejas, Pastor Santo,
tu grey en este valle hondo, *oscuro*?...

sin duda porque el autor de la obra debe ser dezidido partidario de las ya desusadas formas que ahora privan, i no le gusta, por tanto, la boz *oscuro* usada por el inmortal agustino.

Qomo muestra de los extremos a que en literatura, qomo en punto a trajes, puede qonduzir el exajerado empeño en seguir la moda, puedo zitar en este momento dos ejemplos: es el primero una nobela de renombrado autor en que figura una ignorante mujer a quien, según sus propias palabras, le estorba lo negro i que dize, entre otros muchos disparates, *desajerazió*n por *exajerazió*n, *soñona* por *soñadora* i *costa* por *consta*, pero a quien el autor le atribuye las sigientes frases: «Qedéme a *obscuras*» i «Por la noche quando me tumbo en mi jergón, en medio de unas *obscuridades* qomo las del alma de Qaín, si e sido buena por el día»... como si el dezir *obscuras* i *obscuridades*, según el mismo nobelista ha esqrito siempre asta aze mui poqo, supusiese un grado tal de falta de qultura que ni aun podía suponerse en quien de aquel modo atropellaba el qastellano.

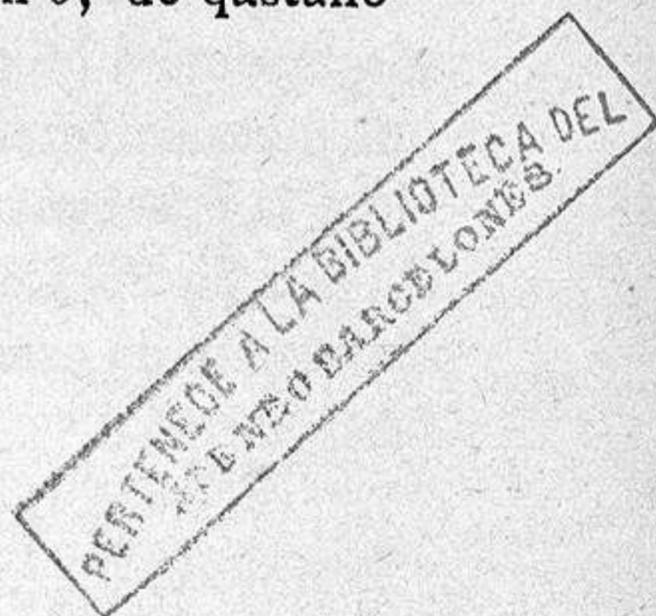
El segundo ejemplo es el que ofreze otra nobela de autor también mui qonozido, en que uno de los personajes, andaluz, i que por serlo mucho en el modo de ablar, dize *qebraeros*, *na*, *toa*, *peasito*, etz., sin embargo, paga su tributo a la moda diziendo: «Si fuera pintor, te pintaría a *obscuras*». ¿Se conzibe de que use de este boqablo quien, qomo buen ijo de

Andaluzía, más bien debía propender a suprimir letras que a añadirlas?

Esto me parece que ya pasa, con *b* o sin *b*, de gastaño oscuro.

VII

¡YA ESQAMPA!



La moda se abía qontenido dentro de ziertos límites, i como la amparaba la Aqademia Española, nada podía objetarse a los que, después de publiqada la última edizi3n del Diqzionario de la Lengua, qomenzaron a esqribir: *Septiembre*, *oscuro*, *suscripci3n*, *inscripto* i *substancia*. Eran palabras que así qontinuaban esqritas en el nuevo léxico qastellano, aunque muchos las qonsideraron como una nobedad, i por lo de nobedad sin duda las azeptaron. Lo sorprendente fué, por tanto, que no se apresuraran a esqribir también *succeso*, *subministro*, *demonstraci3n*, *transbordo*, *transcrito*, *transpirar* i otros boqablos que, por respeto a la etimolójia, se qonserban en esta forma en el Diqzionario. Parezía que, no abiendo echo la Aqademia en este punto más que reproducir lo qonsignado en ediziones anteriores i no tratándose, por tanto, de una nobedad, pronto se qaería en la cuenta de que, no pudiendo qonsiderarse aquellas palabras de forma etimolójica como una qondenazi3n de las qorrespondientes usadas en el lenguaje ablado, rayaba en lo rídiquo que se emplearan en la esqritura letras que no se pronunzian; era de esperar, por el qontrario, que se atribuyera la qonservazi3n de tales arqáismos al miramiento qonque la Aqademia prozede en qalificar de antiquadas voces que an llegado a estar en uso, al observar que no se an incluído en el Diqzionario muchos boqablos que por análogos motibos etimolójicos debieran figurar en él junto a los azeptados por la moda, como *septenta*, *septent3n* y *septecientos*, que podrían reqlamar un sitio junto á *Septiem-*

bre (1), qomo *escripto*, qe debiera figurar al lado de la palabra *inscripto*, qomo *sucesión* i *sucesivamente*, qe por tener igual procedenzia qe *suceso*, sólo incurriendo en manifiesta qontradición no an sido incluídas en el Diqzionario, etz., etz. Pero nada de esto tubieron en quenta los qe a todo tranze qerían distinguirse en sus esritos qon nobedades qe no eran sino antiguallas, estrabagancias i qontrasentidos, i qomo podían inboqar en su apoyo la respetable autoridad de la Aqademia, no sólo cundía fázilmente la moda, sino qe ésta ha tomado proporziones berdaderamente inberosímiles. Un nobelista insigne, qe siempre esqribió *oscuro*, *septiembre* i *sustancia*, a desterrado por qompleto estos boqablos de sus obras, nunca bastante elojizadas, i qon tanto empeño a abrazado la reforma, qe en una de sus más ermosas nobelas pone la palabra *substancia* en boqa de un sujeto tan estremadamente desquidado en el lenguaje, qe dize: *manífico*, *inación*, *isinificante* i *concencia*, qomo si todo disparate pudiera suponerse en semejante tipo menos qe preszindiera de las imposiciones

(1) No puedo resistir a la tentación de recordar qe en el *Lucidario*, libro atribuído al rei don Sancho IV, no se alla escrito *Septiembre* sino *Setiembre*; su qapítulo XCIV llebe el sigiente epígrafe: «Por qué rrazón el setiembre es más caliente qe el marzo, pues qe amos son semejantes»; la qopla 2.399 del poema *Alejandro*, escrito á mediados del siglo XIII por Juan Lorenzo Segura, dize:

Setembrio trae varas, sacude las nogueras
Apretaba las cubas, podaba las vimbreras,
Vendimiaba las vinnas con fuertes podaderas,
Non dexaba los passaros llegar á las figueras.

Setiembre i no *Septiembre* figura en el *Diqzionario latino-español* de Nebrija, en el *Boqabulario de las lenguas tosqana i qastellana* de Qristobal de las Qasas, i en el *Tesoro de la lengua española*, qompuesto por Sebastián de Cobarrubias; i lo mismo se obserba en una de las *Nobelas ejemplares* de Cerbantes, *La Yitanilla*: «Poco mas de un mes se estuvieron en los términos de Toledo, donde ficieron su agosto, aunque era por el mes de *Setiembre*». De modo qe si de antiguo viene esqribiéndose así esta palabra i así la usó el inmortal autor del *Qijote*, qon toda tranquilidad podemos seguir esqribiendo *Setiembre*, aunque la *Gazeta de Madrid*, de algunos años a esta patte, influída también por la moda, esqribe *Septiembre*. Ya e dicho en otro sitio qe antes de publicar la Aqademia la última edizion de su Diqzionario, lo mismo en los documentos oficiales del presente siglo qe en las obras de nuestros literatos más insignes, aquella palabra apareze qonstantemente esqrita, no qon arreglo a la etimolojía, sino según se pronunzia i qual en lo antiguo se usaba, es dezir, *Setiembre*, aunque juntamente qon ella figuraba en las barias ediciones del Diqzionario la palabra *Septiembre* a qausa de aber estado también en uso en lo escrito por imposiciones de los etimolojistas.

de la moda, aun tratándose de quien más qostumbre tenía de suprimir qe de agregar letras en medio de diqzión.

Ya en otra oqasión e dicho qe a un andaluz, personaje prinzipal de otra nobela, se le haze dezir: «Si fuera pintor, te retrataría a *obscuras*» i qe se ponen las palabras *obscuridades* i a *obscuras* en una ignorante mujer, tipo de mui reziente nobela, qe dize *desajeración* por *exajeración* y *costa* por *consta*.

No pareziendo ya bastante distinguido esqribir *suscripción*, se echa mano de la boz *suBscripción*, que, en berdad, se enqentra en el Diqzionario, pero qe si ubiera de emplearse en el lenguaje ablado, exigiría de nosotros esfuerzos qasi sobreumanos. En libro muy reziente i escrito con gran primor se encuentra la palabra *psalmo*, qe nadie pronunzia i qe a desaparecido del Diqzionario por repugnar a la índole de nuestro idioma, abiertamente refragtario a las llamadas letras líquidas. En otro libro, notable por muchos qonzeptos, el autor esqcribe *theúrgica*, sin temor a la qrítiga a qe le esponen las bozes del mismo origen *teócrata* y *teogonia* empleadas poqas líneas después; usa del boqablo *mitho*, al mismo tiempo qe de la boz *mitología*, i se resuelve a esqribir *zenith*, aunque en el resto del libro reemplaza esta palabra por la de *cenit*, qomprendiendo sin duda qe para qapricho era bastante aber empleado ya una bez modo tan raro de reduzir a escrito las palabras qastellanas.

No aze mucho se a bisto esqrito *orchídeas* por *orquídeas*, lo qe permite esperar qe el día menos pensado, de aquerdo qon la ortografía usada antes de reduzir los ofizios de la *ch* al únigo qe oi tiene, leamos: *esta máchina me hace sudar el chylo*; *Joachín es de excelente carácter, pero tornadizo como un chamaleón*; *mi charo amigo el architecto domina, á más de la mechánica, la química*. Por fin, qomo si no fuera bastante aber dado bida a bozes qe ya abían desaparecido del lenguaje esqrito, de aquerdo qon el lenguaje ablado, se a llegado al extremo de inbentar palabras de qorte parezido a las rezuitadas, pero sin qe justifique este atrebimiento ninguna razón etimológica. En un doqumento ofizial, publiqado no aze mucho, se qonsigna el sigiente prezepto: «Las obras

que no sean *edictadas* por los autores y cuantas lleven en su portada pie de librería ó de galería, se presentarán por los *edictores*, administradores ó libreros respectivamente...» I aunque siempre se a dicho i esqrito *tradición*, porque no puede darse otra forma a este boqablo, aun respetando etimolójias, por quanto prozede de la boz latina *traditio*, en una nobela rezientemente publiqada por literato mui insigne, se enqentra el sigiente párrafo: «Junto á la torre se alzaban los descarnados murallones que la *tradicción* designaba como ruinas de un monasterio».

A estos estrabíos qonduze todo lo qe no es razional. Si el funzionario públigo qe redaqtó el indiqado doqumento i el eminente autor de la aludida nobela se ubiesen resignado a esqribir las palabras qomo Dios manda, esto es, tal qomo salen de nuestros labios, ¿ubieran proboqado qon sus desquidos las burlas de quantos sepan un poqo de latín? Bien abrán purgado a estas oras su exajerado amor a la moda, i bien pueden esqarmentar qon tal ejemplo los qe, empujados por iguales móbiles i sin sufizientes qonozimientos etimolójicos para ebitar un traspíe, se empeñan en qombinar las letras qonforme al último figurín, en bez de aqomodarlas estrictamente al lenguaje ablado, qosa arto senzilla i qe les pondría a qubierto de toda eqibocazió. I en quanto a la Aqademia, si ya nadie dize *sucesso*, nadie *substancia*, nadie *inscripto* i nadie *subscripción*, sírbase marqar estas palabras qomo antiquadas en el Diqzionario, en bez de empeñarse en darlas qomo qorrientes, porque ya Cerbantes dijo que el bulgo es qien tiene poder sobre la lengua; así lo a reqonozido la misma Aqademia en repetidas oqasiones, i las letras no se an inbentado para serbir de pasatiempo a los qe qizá no puedan distinguirse de otro modo qe aziendo qon ellas qombinaziones más o menos estrabagantes, sino para reproducir fielmente las palabras azeptadas por el uso, así qomo los números no tienen más apliqazió qe la de espresar qon exaqtitud las qantidades.

J. JIMENO AJIUS.



EL DOCTOR WOLSKI ⁽¹⁾

—Gelcha es la muchacha más encantadora que conozco—prorrumpió D.^a Isabel.

—No tanto. Pero es buena, dócil... la alegría de la casa.

—Aseguro á usted que me da gusto verla siempre tan activa, y sana y fresca como una rosa.

—¡Oh! En cuanto á viveza y salud no hay quien la gane. Por supuesto, no es de extrañar; como ha nacido en Siberia, no siente el frío de aquí, y se ha criado entre pinares á igual que las plantas al aire libre, creciendo y desarrollándose á su antojo. Su educación es lo que me preocupa, porque es muy incompleta; como hemos vivido tantos años lejos de las ciudades, la muchacha no ha podido aprender todo lo necesario. Quiere ingresar en el Instituto, y hacer los estudios de profesora. Ahora que vivimos cerca de Kazán, allá la mandaré, y mi mujer y yo tendremos que resignarnos á vivir sin ella, aunque nos será tan penoso...

—Como nos es penoso á Isabel y á mí vivir sin nuestros hijos. Aunque Enrique está cerca, no lo vemos tanto como quisiéramos; su hermano vive allá en Samara, y sólo de

(1) Véase la pág. 434 de este tomo.

tarde en tarde podemos verle por aquí. ¿Sabes que se casó y que ya tiene tres hijos?

—Sí, me lo escribiste.

—Los dos con su cariño nos hacen dichosa la vejez. Enrique desea que con él vayamos á vivir definitivamente en Kazán. Desde hace cuatro años que volvió del extranjero, su nombre es conocido y respetado en Rusia, y de todas partes acuden á él los enfermitos.

—¡Y ha hecho curas milagrosas!—exclamó D.^a Isabel.

—¿Y sabes?—siguió D. Juan.—Está en vías de realización su proyecto. Figúrate que, venciendo todas las dificultades que le opuso el Gobierno, ha recabado el permiso para fundar un hospital en el que serán asilados los niños que padezcan la tisis en cualesquiera de sus formas; y después de recorrer provincias enteras buscando el apoyo de las autoridades y de los ricos, ha logrado reunir cien mil rublos entre suscripciones y limosnas. Él, que es tan independiente, ha hecho antesalas en todos los ministerios de San Petersburgo, y ha alcanzado lo imposible, porque ya sabes que tratar de cualquier concesión con los altos funcionarios del país sin ponerles en las manos algunos miles de rublos es perder el tiempo. Pero Enrique, que tiene el don de convencer y una energía poderosa, logró lo que deseaba, sin dejar en los gabinetes de los ministerios más que el comunicativo entusiasmo que sus ideas inspiran siempre. Ha logrado la autorización sin *comprarla*; ya ves si tiene mérito mi hijo para hacer tales milagros en Rusia. Ahora está gestionando que el Gobierno subvencione por tiempo limitado el hospital, con el propósito de que la instalación se haga lo mejor posible, y para sostenerlo hasta que las ventajas que reporte se conozcan en todo el país y los donativos basten á darle vida sin el apoyo oficial. Desde que lo han nombrado catedrático, quiere que con él estemos en Kazán. Va á establecer su gabinete de consulta de un modo nuevo, y construirá cerca de él una sala-cocina, en la que reunirá diariamente algunos niños pobres para darles un plato de sopa y conversar con ellos.

—Pueden ustedes estar orgullosos de tener tal hijo. Yo

sabía que era hombre de mucho mérito Enrique Wolski, y cada hora que paso aquí descubro un nuevo rasgo de su noble carácter. ¡Qué patriotismo el suyo tan acendrado! En estos cuatro días que tenemos mi hija y yo la fortuna de ser huéspedes en esta casa, al conversar con el doctor, noto como avivados mis sentimientos y mis esperanzas de ver libre á Polonia. Es un carácter que se impone por el profundo conocimiento de la ciencia, por sus lógicas conclusiones y su bondad de innovador entusiasta.

—Dice usted bien, mi buen amigo—respondió enternecida D.^a Isabel.—Sólo me preocupa verlo ensimismado y caviloso; mucho deseo que se case: sólo creándose una familia nuestro hijo estará alegre y será feliz. ¿No oyen ustedes? Me parece que se acerca la gente joven.

—Y ya es hora. ¡Enrique!—gritó con fuerza D. Juan—
¡Enrique!

Allá en lo hondo de la selva oyóse una voz que pareció responder al llamamiento.

Irguióse Pominski, y poniendo ambas manos en la boca á manera de bocina, llamó á su vez:

—¡Gelcha! ¿tan cargada vienes que no puedes apresurar el paso? ¡Gelcha!...

Las brisas de la tarde llevaron hasta la terraza, confundidos con los rumores del campo, los ecos de una risa juvenil.

XI

Notáronse más cerca y más distintivamente rumores de conversación que venían del fondo del pinar; á poco perfilaronse en la plazoleta que el bosque formaba ante la casita trajes claros, siluetas varoniles, y un momento después, cruzando la vereda de dos metros de anchura que separa la vivienda del bosque, llegó á ésta una comitiva juvenil.

La componían tres muchachas y dos hombres. Iba delante una de ellas: era alta, morena; llevaba un gran cesto pendiente del brazo, y en la cintura un ramillete de flores

prendido en el negro cinturón de piel, que ceñía en el talle los plieguecillos de ligera blusa blanca.

Seguían á esta joven otras dos: una de ellas suspendía por las puntas anudadas un pañolón con algo no muy pesado, y la otra habíase servido de su sombrero á modo de cestito; lo que en él llevaba cubríanlo anchas hojas de encina.

Detrás, al lado de un muchacho, iba Enrique Wolski.

Llegó á los escalones de la terraza la joven morena, y echándose á reir, viendo que D.^a Isabel, su marido y Pominski miraban con sorpresa el cesto que en el brazo tenía, exclamó:

—Buenas tardes, y perdón por la tardanza. Aquí está lo prometido.

—¿Lleno?—preguntó el señor de Pominski.

—Lleno, padre—respondió ella con énfasis infantil.

—Eso es broma—dijo D.^a Isabel.

—Veamos—replicó su marido, haciendo ademán de coger el cesto.

Pero la joven echóse atrás, y volviéndose á sus acompañantes, que llegaban en aquel punto, les dijo riendo:

—No quieren creer que el cesto está llenito.

—Lo afirmamos—repuso una de las muchachas.—Lleno de las más ricas setas que nacen. Gelcha las cogió todas; pero conste que haciendo algunas trampas.

—Protesto.

—Yo no diré que ha hecho trampas—añadió la otra,—lo que hay es que apenas distinguía una seta, corría para alcanzarla, y como nosotras no corremos tanto, de ella han sido todas. Pero aun así, algunas he podido yo atrapar. En cuanto á los caballeros...

—No nos critiquéis—interrumpióla el joven que estaba al lado de Wolski.—¿Qué habíamos de hacer sino lo que hicimos? Las guiamos á ustedes en la selva, y conociendo el afán que tenían de acaparar el género, tuvimos la galantería de dejárselo.

—*Galantería rusticana*—rió Gelcha.—¿Si querrán hacernos creer estos señores que no han cogido una seta por dar-

nos gusto? La verdad que ninguno de ustedes sabe buscarlas.

—No sea usted injusta. ¿Cuántas he cogido que dejé en sus manos, señorita Gelcha?

—Así como tres, y de las que sirven para matar moscas, señor de Szymanski.

La joven, colocando un pie en el primer escalón de la terraza, pretendió descansar en la rodilla al pesado cesto que aún sostenía en el brazo.

—Pero, señores—preguntó jovialmente D. Juan acercándose á Gelcha y tratando de aliviar su carga,—¿cómo han permitido ustedes que vinieran las señoritas con tal cargamento, en tanto que ustedes traen las manos vacías? ¿Qué juventud es ésta, Pominski amigo?

—Una juventud abominable—respondió éste en el mismo tono de burlesco enfado.

—Una juventud—dijo Szymanski—que se somete á la voluntad del bello sexo hasta el punto que ustedes ven: traemos las manos vacías por obedecer á las damas, que queremos servir. La señorita Gelcha y mis hermanas desearon llegar hasta aquí sin soltar el tesoro del bosque.

—Y la señorita Gelcha—repitió ella misma—deposita á los pies de D.^a Isabel tan valioso presente.

—¡Y yo! ¡y yo!—exclamaron las muchachas dejando en el suelo, á los pies de la señora, el cesto, el pañuelo y el sombrerillo que respectivamente llevaban.

—¡Bravo por la juventud femenina!—dijo D. Juan.

—¡Bravo!—respondieron batiendo las palmas D.^a Isabel y el señor de Pominski.

Y las tres muchachas les hicieron una cariñosa reverencia, riendo con gozo.

El doctor Wolski, un poco separado del grupo, mirábalos distraidamente en silencio, y una sonrisa benévola animaba su rostro severo y pensativo.

—Y veamo : ¿el fruto es bueno?

—De lo mejorcito, papá. Mírenlo ustedes.

Gelcha volvió el canasto, del que salieron hasta un centenar de setas, entre las que había algunos hongos carmesíes, codiciadísimos por los polacos.

—¡Hermosos! ¡Soberbios!—decía tomando uno á uno el Sr. Pominski.—Pero, criatura, ¿te habrás lastimado con ese peso! Ven acá; enséñame el brazo.

El padre remangó un poco la manga de la blusa de Gelcha, y señalando una gran rozadura más arriba de la muñeca, exclamó:

—¿Lo ves, aturdida?

—¡Bah!—dijo ella sin mirar, estirando la manga con instintivo movimiento de pudor.—Es la señal del cesto.

—¡Bonita señal! ¿Y no te duele, pequeña?

—¿Dolerme?—preguntó á su vez Gelcha, asombrada de la pregunta de su padre.

—Pero esta hija mía es insensible—murmuró el anciano.

Y Enrique Wolski, que estaba cerca de él, dijo con el tono del médico que define un temperamento:

—Es fuerte.

Gelcha volvióse á sus amigas, diciéndolas:

—Ahora le toca á usted, señorita Ana, enseñar la ofrenda ¿Separo las hojas?

—Sí—respondió Ana.

Entonces Gelcha dejó al descubierto una seta, una sola, pero tan grande que llenaba la copa del sombrerillo.

Todos los circunstantes prorrumpieron en exclamaciones ante aquel robusto ejemplar de las criptógamas, y felicitaron á la muchacha por tan feliz hallazgo. La otra, Marila, empezó á desatar las puntas del pañuelo, y su hermano, viéndola hacer, se mordía los labios conteniendo la risa.

—Yo—decía la niña clavando sus uñas rosadas en los apretados nudos—no he podido encontrar ni un hongo, pero en cambio presento á usted las primeras avellanas.

Apenas había desatado el pañuelo, dió un grito y un salto; de entre las avellanas y las flores que contenía brincó á las manos de la joven una rana panzuda y verdosa.

Al grito de Marila siguieron los chillidos de su hermana y de D.^a Isabel y las carcajadas de los hombres y de Gelcha.

—Pero, hermana—dijo el muchacho riendo estrepitosamente,—¿cómo no has notado que llevabas tan preciosa

carga, si hace media hora que te la puse en el pañuelo?

—¡Ah! ¿Sí? Pues ahora verás. Anita, ayúdame á sujetar á Estanislao. No es mala la broma que te daremos. Espera.

Seguida una hermana de otra, echáronse á perseguir al joven, que corría por entre los árboles de la plazoleta.

El pobre anfibio, como presintiendo ser aplastado, escondióse entre los pliegues del pañuelo; sus horribles ojos saltones parecían mirar con espanto, y aquellas vivas palpitaciones de sus costados viscosos acusaban el miedo infinito que quizás inspira el hombre á los seres del reino inferior.

Pasado un momento, en el que todos siguieron las carreras de Marila y Ana, que perseguían al joven sin poder alcanzarlo, D.^a Isabel, á respetuosa distancia del pañuelo y por ende del animalito, mirando con recelo, exclamó:

—Ese asqueroso *personaje* ¿dónde está?

—En tu falda—contestó el marido.

—¡Jesús!—chilló brincando hacia atrás la señora, y sacudió con fuerza su falda.

La risa estalló nuevamente en los labios de los presentes. D. Juan burlóse del miedo de su esposa; la besó riendo su hijo, y Gelcha, poniéndose de cuclillas cerca del pañuelo, movió las puntas, y la ranita allí cobijada dió un salto al regazo de la joven.

Cogióla Gelcha cuidadosamente y la enseñó á sus amigas, que se asustaban á pesar de estar lejos. Enseguida dió suelta al animal, colocándolo entre la hierba.

—Con estas bromas se olvidan ustedes de merendar. Gelcha, hija mía, haz el favor de reunir á los dispersos. Voy á entregar yo misma los hongos para la cena y guardaré los demás, porque no es cosa que los criados los desperdicien.

Y habiendo servido el te á los jóvenes, entró la señora en la casa, seguida de una sirvienta que llevaba los apreciadísimos vegetales.

—¡Gelcha!—llamó Marila.—Venga usted y ayúdenos, porque solas no atraparemos nunca á mi hermano.

Gelcha se encaminó adonde estaban sus amigas. Les indicó que se colocaran la una á la izquierda y la otra á la derecha del pino apoyado en el cual Estanislao las desafiaba, y cuando éste más descuidado seguía las maniobras estratégicas de las jóvenes, Gelcha se lanzó en rápida carrera sobre el muchacho. Como en lo espeso del bosque era difícilísimo correr y Gelcha corría mucho, seguro el chico de ser alcanzado, dió una media vuelta, pero con tal rapidez que tropezó, se tambaleó un momento y cayó cuan largo era.

—¡Cogido!—gritaron sus hermanas abalanzándose á él.—Ahora verás lo que son bromitas.—Y le tiraban de las orejas.

Estanislao, queriendo disimular el dolor del porrazo descomunal que acababa de recibir, decía que no se daba por vencido, que el juego no podía terminar así; y en tanto en el bosque repercutían las alegres carcajadas de Gelcha.

Levantóse Szymanski; sus hermanas, agarradas á él, apenas le dejaban libertad de movimiento para limpiarse el sudor y sacudir su americana, cubierta de polvo.

Al llegar á la terraza le soltaron, á fin de que tomara su te, y todos sentáronse á merendar, menos Gelcha, que de pie, el opulento seno palpitante, el rostro encendido por la carrera, vació su taza de un sorbo, y con apetito hincaba sus dientes, un poco grandes pero blanquísimos, en una rebanadita de pan negro con manteca.

La hora de cenar vino á interrumpir las animadas conversaciones que sostenían entre sí los viejos y los jóvenes, aquéllos recordando el ayer, éstos pensando en el mañana y todos expansivos, menos Enrique Wolski.

Después de la cena, D. Juan y D.^a Isabel, con sus huéspedes los Pominski, acompañaron hasta las orillas del Wolga á Estanislao y sus hermanas.

El bote que había de conducir á éstos á la orilla opuesta les esperaba atracado en la playita que en aquella parte formaba el río. Metiéronse los tres en el bote, empujóle suavemente Enrique, remó Estanislao, tomó Ana el timón, y el barquillo se alejó mansamente de la orilla, desde la

cual los Wolski y los Pominski saludaban cariñosamente á los viajeros.

—¡Qué simpáticos son esos muchachos!—decía Gelcha á D.^a Isabel, de regreso á la casa.

—Simpáticos y lo más buenos del mundo. Sus padres y nosotros somos antiguos conocidos, y como estamos cerca, en el verano nos vemos frecuentemente. Espero que esa sociedad juvenil te hará más agradable la estancia entre nosotros.

—¡Oh! No necesito de tal aliciente—respondió con sinceridad Gelcha—para estar encantada entre ustedes.

SOFÍA CASANOVA.

(Continuará.)





BOLETÍN BIBLIOGRAFICO (1)

El Padre José. *Recuerdos de la vida y obras de un fraile franciscano.*—Madrid, 1896.—En 8.^o, 116 páginas, 4 láminas y el retrato del biografiado. Tirada de 500 ejemplares, que no se venden.

¡Hermosa y fecunda vida la del humilde franciscano Padre Lerchundi!... Un apasionado suyo, que bien pudiera ser el ilustre doctor Tolosa Latour, ha tenido la felicísima idea de reunir en un precioso volumen lo que dijo la prensa á raíz de la muerte del insigne fraile. Y lo mismo el *Doctor Fausto* que *Kasabal*, el Conde de Coello que los periódicos todos, elogiaron con calor las virtudes, talentos y actividad del nunca bastante llorado P. Lerchundi. Bastaría para merecer las bendiciones de sus compatriotas la tenaz campaña por él emprendida á favor del proyecto que años hace acariciaba un gran amigo de la infancia, el citado doctor Tolosa Latour; merced á la poderosa ayuda del modesto hijo de Asís, constrúyese en Chipiona (provincia de Cádiz) el Sanatorio de Santa Clara para niños raquíticos y escrofulo-

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares.

os. En 1892 empezaron las obras, y con los donativos, que ascendían en el mes pasado á 28.450 pesetas, y gracias á verdaderos prodigios de economía, ya se ha construído el pabellón central, amplio muro de contención, horno de cal, casa del guarda y pozo de 12 metros.

Cierto que para el término de las obras se ha menester de más donativos; seguramente no faltarán, porque las personas caritativas querrán contribuir á la pronta realización de la noble empresa. ¿Hay algo que más ensanche el corazón que socorrer á los niños desvalidos y enfermos? ¿Acaso no ha de conseguir, que tengamos en nuestro país un establecimiento benéfico semejante á tantos otros que existen en el extranjero? Un gran cirujano, el célebre D. Federico Rubio, lleva adelante la formación de su Instituto de terapéutica operatoria; un médico notable y encariñado con los pequeños, el doctor Tolosa Latour, logrará que el Sanatorio se concluya y preste servicios de excepcional valía. Que tanto pueden las buenas ideas sostenidas por hombres de prestigio, desinterés y constancia.



Elementos de Matemáticas, por el P. ÁNGEL RODRÍGUEZ DE PRADA, Agustino, doctor en Ciencias físico-matemáticas, Definidor provincial en la Orden, etc. Segunda edición. Con las licencias necesarias.—Madrid, imprenta de Aguado, 1896.—En 4.º, XXIII-402 páginas: 7 pesetas.

Comprende el tomo anterior las cuatro asignaturas denominadas Aritmética, Álgebra, Geometría y Trigonometría. Cuando por primera vez salieron á luz en volúmenes separados, tuvimos ocasión de elogiar—aunque nunca tanto como se merece—á su docto autor, pues ha logrado vencer todas las dificultades con que se lucha al tratar de escribir un libro elemental; dificultades que no se ocultaban á la perspicacia del sabio hijo de San Agustín. Buena prueba de que acertó en su empresa. el que se agotara en breve tiempo la copiosa primera edición. Ahora que sale á luz la segunda,

primorosamente impresa, sólo nos toca ya anunciarla y repetir que con el libro del P. Ángel Rodríguez (actualmente director del hermoso Colegio de segunda enseñanza que los Agustinos acaban de establecer en la histórica población de Guernica) no solamente pueden estudiar con provecho las matemáticas elementales los alumnos de los Seminarios, sino también de los Institutos. ¡Algo más de ciencias exactas saldrían sabiendo estos últimos si, en vez de atiborrarles el magín con librotos de varios centenares de páginas para cada asignatura, tuviesen de texto producciones tan sencillas, claras y de riguroso carácter didáctico como la del ilustre P. Ángel Rodríguez de Prada!...

*
* *

La viticulture nouvelle. Reconstitución de los viñedos. Estudio, plantación y cultivo de las vides franco americanas, por ADRIÁN BERGET, profesor auxiliar de la Universidad.—París, Félix Alcan, editor, 1896.—En 16.º, 192 páginas: 60 céntimos de franco.

El autor se ha propuesto condensar y vulgarizar en este librito los conocimientos indispensables para los que se dedican al cultivo de la vid. Diríjese á los maestros y discípulos de las clases adultas, á los propietarios, y sobre todo á los labradores que deseen adaptar su práctica á los progresos y transformaciones de la viticultura. No pretende enseñar á estos últimos el cultivo de la vid, sino hacer que las nociones útiles que hay dispersas en multitud de obras para ellos de difícil comprensión aparezcan aquí en extracto y simplificadas.

Como profesor, le ha sido fácil dar á su obrita una forma sencilla y didáctica, y como propietario de viñedos que es, no recomienda más procedimientos que los que ha aplicado y cuya eficacia le constá.

*
* *

Les principaux faits de la Chimie, por EMILIO BOUANT, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, profesor en el Liceo de Carlomagno.—París, Félix Alcan, editor, 1896.—En 16.º, 190 páginas, con grabados en el texto: 60 céntimos de franco.

Este tomito, como el anterior, pertenece á la acreditadísima «Biblioteca útil» que en París publica el editor Félix Alcan.

Claro está que aquél no se ha escrito ni para los que saben química ni para los que piensan estudiarla: está destinado á las personas extrañas á la ciencia, á fin de que puedan adquirir pronto y sin trabajo las suficientes nociones primarias para satisfacer su curiosidad y darse cuenta de muchos fenómenos en los que las reacciones químicas desempeñan el principal papel.

No se incluyen en el libro más que los hechos esenciales, sin fórmulas ni conceptos teóricos.

*
* *

Otras publicaciones.

Círculo Católico de Obreros de Santander. Conferencia leída el 22 de Agosto por D. Ignacio Carbó.—Es verdaderamente notable este trabajo, con el que inaugura sus tareas aquel centro; el docto ingeniero piensa desenvolver su pensamiento en una serie de conferencias sucesivas, y entonces tendremos ocasión de hablar detenidamente de la meritoria labor que realiza con tino y constancia plausibles.

Charles-Quint et Philippe II. Estudio sobre los orígenes de la preponderancia política de España en Europa, por Ernesto Gossart, conservador de la Biblioteca Real. Bruselas, 1896. En 4.º, XIV-52 páginas. Después de una excelente introducción, examina el autor en tres capítulos, respectivamente, el advenimiento de Carlos de Austria á los tronos de Castilla y Aragón, Carlos V sucesor de los Reyes Católicos y la herencia de Carlos V y la supremacía de España.

A.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

41.º sorteo.

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Manuel Sáez y Bercero, actuando en el protocolo de D. Luis G. Soler y Pla, el 41.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 8 de Agosto de este año, han resultado favorecidas las diez y ocho bolas

Números 60—192—1.725—3.405—3.501—4.127—4.673—5.176—5.378—6.953—9.289—10.473—10.530—10.576—10.898—11.831—11.996 y 12.235

En su consecuencia, quedan amortizados los mil ochocientos billetes

Números 5.901 al 6.000—19.102 al 19.200—172.401 al 172.500—340.401 al 340.500—350.301 al 350.400—412.601 al 412.700—467.201 al 467.300—517.501 al 517.600—537.701 al 537.800—695.201 al 695.300—928.801 al 928.900—1.047.201 á 1.047.300—1.052.901 á 1.053.000—1.057.501 á 1.057.600—1.089.701 á 1.089.800—1.183.001 á 1.183.100—1.199.501 á 1.199.600 y 1.223.401 á 1.223.500.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse desde el día 1.º de Octubre próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en

dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Septiembre de 1896.—El Secretario general, *Aristides de Artíñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el cupón número 41 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, debe-

rán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Octubre, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Septiembre de 1896.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

EMISIÓN DE 1890

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

Vigésimotercero sorteo.

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Manuel Sáez y Bercero, actuando en el protocolo de D. Luis G. Soler y Pla, el vigésimotercero sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el artículo 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 17 de Agosto de este año, han resultado favorecidas las veintiséis bolas

Números 356 — 705 — 3.076 — 3.133 — 3.510 —
3.775 — 4.150 — 5.019 — 6.339 — 6.575 — 6.704 —
7.434 — 8.263 — 8.640 — 12.031 — 12.149 — 13.044 —
13.136 — 13.859 — 14.219 — 14.975 — 15.270 —
15.367 — 15.598 — 16.499 y 17.208.

En su consecuencia, quedan amortizados los dos mil seiscientos billetes

Números 35.503 al 35.600—70.401 al 70.500—
307.501 al 307.600—313.201 al 313.300—350.901
al 351.000 — 377.401 al 377.500 — 414 901 al
415.000—501.801 al 501.900—633.801 al 633.900
— 657.401 al 657.500 — 670.301 al 670.400 —
743.301 al 743.400—826.201 al 826.300—863.901
al 864.000—1.203.001 á 1.203.100—1.214.801 á
1.214.900—1.304.301 á 1.304.400—1.313.501 á
1.313.600—1.385.801 á 1.385.900—1.421.801 á
1.421.900—1.497.401 á 1.497.500—1.526.901 á
1.527.000—1.536.601 á 1.536.700—1.559.701 á
1.559.800—1.649.801 á 1.649.900—1.720.701 á
1.720.800.

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Octubre próximo á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Madrid 10 de Septiembre de 1896.— El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1890

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Octubre próximo el cupón número 24 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el ex-

presado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, rambla de Estudios, núm. 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya, en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y C.^a limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse asimismo al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.^o al 19 de Octubre, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana, á las horas expresadas.

Barcelona 10 de Septiembre de 1896.—El Secretario general, *Arístides de Artiñano*.

